

Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

El Jardinero de la Luna

Esta aventura lleva a Brigitte a Santa Clara, de nuevo un país imaginario, donde se encuentra un agente ruso, Georgi Nurayev, conocido como «el buen Nurayev», debido a sus intentos siempre de canjear espías cuanto antes para evitarles daños físicos o psicológicos.

Tan soñador es el buen Nurayev, que ahora en Moscú lo conocen con otro sobrenombre: «El Jardinero de la Luna».



Lou Carrigan

El Jardinero de la Luna

Brigitte en acción - 252

Archivo Secreto - 203

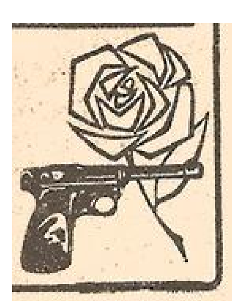
ePub r1.0

Titivillus 28.07.2017

Lou Carrigan, 1978
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte
EN ACCION



Capítulo Primero

Sentada en una de las butacas del bar del hotel Palace de Santa Clara, capital de la República del mismo nombre[1], la señorita Montfort ignoraba con elegancia las miradas de los hombres que había cerca de ella, tanto sanclarenses como algunos que, evidentemente, eran extranjeros.

Aunque había que reconocer que eran discretos hasta lo razonable.

Incluso aquél tan apuesto que llevaba la batuta en la conversación del grupo de tres. Alrededor de metro setenta y cinco de estatura, hombros anchos, cabellos un tanto largos pero bien cortados, buen traje, hermosas manos… Cabellos y ojos oscuros, boca grande, facciones enérgicas y bellas. Debía tener cerca de cuarenta años. Los otros dos eran algo más mayores, y quizá por eso se tomaban con más sosiego la presencia de la hermosa extranjera.

Aunque quizá la palabra hermosa no era la adecuada, la exacta. Más bien podía calificarse de divina. Con aquella negrísima mata de largos cabellos suavemente ondulados, los grandiosos ojos azules, la boquita sonrosada, la piel dorada por el sol, espléndido cuerpo elegantemente vestido, la señorita Montfort sólo tenía una auténtica solución si quería que los hombres no la mirasen: quedarse en casa. Cosa a la que la señorita Montfort no estaba precisamente acostumbrada.

Por cierto que éstas eran las reflexiones de la señorita Montfort respecto al mundo y sus acontecimientos cuando observó sin gran interés Ja clarísima maniobra de los tres hombres: se pusieron en pie, los dos mayores estrecharon la mano del más joven, y se dirigieron hacia el ascensor. Una vez solo, el apuesto caballero que tanto interés estaba demostrando por la señorita Montfort, volvió a sentarse, ahora completamente de frente a ella. Estuvo quizá un minuto más mirándola, vacilante.

Y por fin, sin necesidad de mirarlo directamente, la señorita Montfort supo que el hombre se había levantado y caminaba hacia ella.

Cierto. Ciertísimo. Segundos después lo teñía delante, sonriendo levemente, entre turbado y expectante.

—Perdón… —murmuró en inglés—. ¿No es usted la señorita Brigitte Montfort, la periodista americana?

Brigitte lo miró con gesto amable.

—Lo soy, en efecto.

—Quizá la he estado molestando con mis insistentes miradas, pero me preguntaba si era o no era usted. Vi una fotografía suya hace algo más de un año en un periódico de Nueva York… El Morning News, si no recuerdo mal.

—Ese es mi periódico.

El hombre amplió su sonrisa.

—¿La estoy molestando?

—De ninguna manera…, por ahora.

—Dígame cuándo empiezo a molestarla, y me retiraré. Soy colega suyo: trabajo para el diario Gente, de Santa Clara. Mi nombre es Santiago Romero.

Brigitte Montfort alzó un instante las cejas.

—Creo haber leído algunos artículos suyos, señor Romero.

—¿Realmente? Es muy halagador para mí, que soy admirador suyo.

—Muy amable —sonrió la divina—. ¿Quiere sentarse, señor Romero? Y si lo prefiere, puede hablar en español.

—¿Tan mal hablo el inglés? —sonrió Romero, sentándose.

—No, no… Pero quizá se sienta más cómodo hablando en su idioma. Y por otra parte, cuando estoy fuera de casa, me gusta hablar el idioma local: es el mejor modo de mantenerlo vigente en la memoria.

—Me satisface mucho ayudarla a practicar el español… —dijo Romero, ya en este idioma—. ¿Está usted en Santa Clara de vacaciones o por cuestiones de trabajo?

—La verdad es que viajo tanto que he llegado a un acuerdo conmigo misma —dijo Brigitte, en perfecto español, causando un claro asombro en Romero—; sea cual sea el motivo de mi viaje, procuro convencerme de que estoy de vacaciones, a fin de pasarlo

lo mejor posible.

—Es una táctica inteligente. Bueno, no quiero dejar de decirle que habla usted el español tan bien como yo, señorita Montfort. Acento limpio, modulación clara, control de la «j». ¿Sabe usted que muy pocos americanos pueden decir «viaje, jinete, jamón y jorobado»?

—Viaje, jinete, jamón y jorobado —rió Brigitte.

—Admirable. No creo que tenga mucho español que aprender, pero sigamos; ¿está en Santa Clara trabajando?

—Sí. Mi editor opina que la cosa está un poco revuelta aquí en estos últimos días. Y le ha parecido oportuno obtener información de primera mano. Estamos interesados en saber cómo reaccionan ustedes ante esos pequeños conflictos que tienen con alguno de sus vecinos. Periodismo pura y simplemente, usted entiende.

—Por supuesto. Y… ¿qué conclusiones ha obtenido?

—¡Oh, no suelo precipitarme! Llegué ayer nada más, y se puede decir que sólo he tenido tiempo de asistir esta mañana a la manifestación de unidad nacional en la plaza de la Nación. Luego, he visto la televisión… Se asegura que miles de personas se han concentrado en la plaza de la Nación para manifestar su adhesión al general Emerenciano García y su firme postura de no aceptar injerencias extranjeras.

—¿Le parece mal?

Brigitte miró asombrada a Santiago Romero.

—¡Claro que no! —exclamó.

—¿Quizá le parece mal que hayan sido ejecutados los asesinos de algunos de nuestros policías? Seguramente, es usted contraria a la pena de muerte.

Brigitte contuvo una sonrisa. Naturalmente, el señor Romero no podía saber que, además de una excelente periodista de fama internacional, ella era la agente Baby de la CIA y que, como espía, tenía muchas muertes sobre su conciencia personal.

—Por su silencio —murmuró Romero— deduzco que, en efecto, es contraria a la pena de muerte. Sin embargo, la postura del Gobierno sanclarense ante el terrorismo que en estos últimos meses se ha desatado en nuestro país, no puede ser otra. ¿Ha oído usted en la televisión que esta mañana, antes de la manifestación popular, han sido asesinados otros tres policías?

—Sí —musitó Brigitte.

—¿Qué opina de ello?

—Naturalmente, opino que está muy mal.

—¿Pero no lo bastante para que los asesinos sean ejecutados si nuestra policía los captura?

—Eso no es cuenta mía, señor Romero. Cada país es muy libre de mantener vigente la pena de muerte o de aboliría. Mis opiniones personales no cuentan. Ni las de usted. Nosotros somos informadores, nada más.

—Es verdad —admitió Romero—. Espero que me perdone si me apasiono un poco, pero, a fin de cuentas, soy sanclarense, o sanclarano, como prefiera. Así pues, será mejor que llevemos la conversación a un terreno menos personal, más… profesional. ¿Qué le ha parecido a usted la actitud del presidente de un país vecino al nuestro al pedir, nada más y nada menos, que Santa Clara sea expulsada de la ONU?

—Para darle una opinión sobre eso, tendría que hablar antes con ese presidente.

—Caramba —sonrió Romero—, ¡es usted muy cauta, señorita Montfort! Y a fin de cuentas, todo el mundo sabe que las incomodidades que estamos sufriendo actualmente, tanto en el territorio nacional como en el exterior, han sido creadas y dirigidas por los comunistas. Santa Clara ha sido, siempre, un país anticomunista por excelencia y, finalmente, los comunistas se han irritado con nosotros. ¿No es ésa la verdad?

—Es la verdad de Santa Clara —murmuró Brigitte.

—Pero ¿no la verdad absoluta?

—Muchas veces me he preguntado si existe la verdad absoluta, señor Romero.

—¿No es una verdad absoluta que los comunistas están infiltrando en Santa Clara grupos de terrorismo procedentes de un país vecino al nuestro? ¿No es una verdad absoluta que nos están creando dificultades con las naciones que nos son fronterizas? Hace unos días, nos quemaron una Embajada… ¿y debemos creer que eso lo han hecho los ciudadanos de ese país, de los que siempre hemos sido buenos amigos? Yo opino que no. ¿Y usted?

—No sabría qué decirle —rió Brigitte—. Personalmente, prefiero creer que no, ya que tengo muy buenos amigos en toda América. Y

especialmente en Brasil. ¿Ha estado usted alguna vez en Brasil, señor Romero?

—Sí… Un par de veces.

—¿Y qué le parece ese país?

—Pues me parece… —Romero sonrió de pronto—. ¿Está usted intentando cambiar de conversación?

—En efecto —volvió a reír Brigitte—. Pero voy a decirle algo para terminar esta conversación: mi opinión personal es que la paz bien entendida y próspera para un pueblo bien atendido, debe ser preservada a toda costa. ¿Es suficiente?

—La invito a cenar —exclamó Romero—. Bueno, a menos que haya cenado usted ya. Los americanos cenan muy pronto.

—Ahora estoy en un país latinoamericano, español de origen —dijo amablemente Brigitte; señaló la mesita que tenían delante—. Y si se ha fijado usted, señor Romero, estoy tomando un aperitivo.

—Eso quiere decir que no ha cenado. ¿Acepta mi invitación? Puedo llevarla a un lugar razonablemente típico, que se llama Las Cuevas del Bucanero; jamón de España, enchiladas, tequila; exquisitos filetes de iguana; mescal, pulque… Claro que si prefiere una cena más convencional, o a base de mariscos…

—Creo que me encantará cenar jjjjamón.

—¡Estupendo! ¿Sabe una cosa? —Parpadeó Romero—. Cuando la estaba mirando, aquí sentada, tan seria e inexpresiva, me pareció que… Bueno, me pareció que no… Bien, quiero decir que me parece usted una americana muy simpática, señorita Montfort.

—Usted también me parece muy simpático, señor Romero. Por lo tanto, si alguna vez viene a Nueva York, me complacerá invitarlo a cenar; puré de zanahorias, carne con mermelada, pescado con *Ketchup*…

—¡Dios mío! —Había palidecido Romero—. ¿Y no le sería igual que yo me llevase para allá un jamón o alguna enchilada?

* * *

Cuando, a la una y media de la madrugada, In señorita Montfort entró en su habitación del sanclarense hotel Palace, tapizada en rojo, todavía sonreía. Sin la menor duda, Santiago Romero era un hombre simpático. E inteligente. Como quien no quiere la cosa,

mientras comían jamón español y bebían vino de California habían ido intercambiando puntos de vista e informaciones, con lo que ambos habían salido beneficiados profesionalmente. Cuando bebieron el champaña en un elegante bar de la avenida de Emerenciano García, la conversación había dejado ya de ser estrictamente profesional, derivando hacia la vida corriente del país, de la que Romero, por supuesto, estaba bien enterado.

Así pues, tras desvestirse y ponerse una de sus encantadoras camisitas de dormir, colocó sobre la mesita adosada a la pared su máquina portátil de escribir, eléctrica, y tras enchufarla fue en busca de papel. Sobre la mesita, junto a la máquina, estaba la tarjeta de Santiago Romero, en la que constaba su domicilio privado y número de teléfono. En su casa sabían siempre dónde estaba él, y si ella era tan simpática de llamarlo, estaría siempre a su disposición para cualquier cosa…

Estaba sacando un paquete de cuartillas del armario cuando su mirada saltó, vivamente, hacia el maletín rojo con florecillas azules, depositado en uno de los estantes interiores. Por un instante, Brigitte Montfort, alias Baby, pensó que estaba sufriendo alucinaciones acústicas… Pero no. Era cierto y bien cierto que su finísimo oído estaba oyendo el zumbido de llamada de su radio de bolsillo, camuflada en un paquete de cigarrillos; radio que, al llegar a Santa Clara, había colocado en la onda para ese país de la CIA, por simple rutina.

Todavía incrédula, abrió el maletín, sacó el paquete de cigarrillos, y tiró de uno de ellos, admitiendo la llamada.

—¿Sí? —musitó.

—¿Baby? —Sonó la voz masculina.

—¿Quién llama?

—Simón, naturalmente… Simón-Santa Clara.

—¿Qué ocurre? Soy Baby, desde luego, Simón.

—Lógicamente, no puede ser otra. Por favor, no desconfíe de mí; pero, si lo hace, puedo darle todas las garantías que precise respecto a mi personalidad.

—Diga lo que tenga que decir, y ya decidiré si desconfío o no desconfío. Adelante.

—Georgi Nurayev llegó ayer por la mañana a Santa Clara.

Brigitte tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar una

exclamación. Con la radio en la mano, retrocedió, hasta sentarse en el borde de la cama.

—¿Nurayev? —susurró—. ¿Nurayev, de la MVD rusa?

—No hay otro Nurayev que pueda llamarnos la atención a nosotros. Bueno, aparte del bailarín, pero es Nurayev, Rudolf, si no me equivoco. Bien, el que ha llegado es Georgi Nurayev, uno de los más afamados jefes de sección de la MVD…

—Pero… Bueno, todos sabemos que Nurayev es zorro de despacho, Simón. Ha salido poquísimas veces de Rusia, hasta el punto de que conseguir fotografías suyas fue todo un éxito de nuestros compañeros de Moscú…

—Está en Santa Clara.

—¿Dónde? ¿Qué hace?

—Se ha alojado en una modestísima pensión de una calle no menos modesta, llamada pasaje Maya. ¿Qué hace…? Bueno, simplemente, está allí…, con el nombre de Jorge Martínez Roca, español, claro está. Entró en España por La Junquera, con pasaporte español, falso, hace cuatro días. Los nuestros lo han estado rastreando desde que salió de Moscú: Varsovia, Berlín, París, Barcelona, Madrid. De esta capital partió en avión desde Barajas y aterrizó, ayer, en Itlapaca, el aeropuerto de Santa Clara.

—Mmmm… Simón, no quisiera equivocarme; ¿estamos hablando del buen Nurayev?

—Sí, sí… El hombre partidario de los canjes inmediatos entre espías, a fin de evitar traumas permanentes entre los profesionales al evitarles los interrogatorios… científicos. El hombre que propugna la abolición de armamento mortal entre los espías. El hombre posiblemente más entusiasta, en toda Rusia, del desarme nuclear mundial. El hombre que está tratando de imponer en Rusia el criterio de que los espías sólo deben ser reclutados entre los individuos de más de veinte años, prescindiendo de los jovencísimos candidatos que actualmente son admitidos y programados en Kichino… El hombre, en fin, que quisiera convertir el espionaje en algo así como una carrera universitaria de guante blanco. En suma: el buen Nurayev. Aunque últimamente, en Rusia, sus propios compañeros lo llaman ahora de otro modo, según nos indican nuestros agentes en Moscú.

—¿De qué otro modo lo llaman ahora?

—El Jardinero de la Luna.

—¿El Jard…? ¿Por qué?

—Evidentemente, el buen Nurayev es un soñador. Parece muy poco, probable que consiga todos sus bondadosos objetivos que harían poco menos que placentera la vida de los agentes secretos. En el fondo, a todos nosotros nos complacería muchísimo que nuestra labor se realizase en un ambiente de guante blanco, con modales universitarios. ¡Imagínese…! Por supuesto, los muchachos soviéticos también estarían encantados si sus actividades fuesen orientadas de ese modo. Pero, desdichadamente, esto no pasa de ser un sueño romántico del buen Nurayev: el espionaje seguirá siendo como hasta hoy, por los siglos de los siglos…

—¿Por qué? Todo sería posible si hubiesen unos cuantos Nurayev en todos los servicios secretos del mundo, Simón.

—¡Oh, vamos…! ¡Es imposible! Como dicen los españoles, y también los hispanoamericanos, en el mundo hay mucha mala leche… ¿Me comprende?

—Desde luego.

—Por lo tanto, todo será un sueño fantástico del buen Nurayev. Finalmente, parece que en Moscú se lo han tomado un poco a broma, así que lo llaman El Jardinero de la Luna, porque sus buenas intenciones tendrán el mismo resultado que si quisiera, convertir la Luna en un jardín. ¿Se imagina usted la Luna convertida en un jardín florido y hermoso?

—La verdad es que no. Pero no me sorprendería que un hombre como Nurayev lo intentase.

—Pues por eso le llaman así. Es un nombre muy bonito para un afable, educado, pacífico y bondadoso espía ruso. Y cuando digo espía ruso, digo espía ruso.

—Está bien. ¿Por qué se ha puesto usted en contacto conmigo, Simón?

—La noticia del viaje de Nurayev a Santa Clara llegó a la central, naturalmente. Y los de Ja central pensaron que puesto que Baby estaba en Santa Clara, tenían resuelto el problema; quieren que usted averigüe qué hace Georgi Nurayev en este país.

—Sea lo que sea, no será nada malo. Un hombre como él…

—Bueno, no seré yo quien pretenda darle lecciones de espionaje a usted, Baby, pero hemos convenido en que El Jardinero de la

Luna es un espía ruso. Por lo tanto, comunista. Por la tanto, el enemigo, por antonomasia, del Gobierno sanclarense. Considerando esto, y considerando que el Gobierno sanclarano está acusando a los comunistas de los actos de terrorismo que este país está sufriendo últimamente, yo no daría ni una peseta por el pellejo de Nurayev si los hombres de la Oficina Nacional de Seguridad le ponen la mano encima. Es lógico. Y Nurayev sabe que se la está jugando en firme al entrar en Santa Clara con pasaporte español Ahora, conteste usted a esto: ¿cree que un hombre inteligente como Nurayev se la está jugando sólo por venir a este país a decirles a los sanclaranos que están equivocados, que los rusos son unos buenos niños, y que no tienen nada que ver con esto?

—Claro que no.

—En ese caso, quizá sería conveniente que usted se enterase del motivo del viaje del buen Nurayev. Y a lo mejor, le hace un favor si lo saca de aquí antes de que los sanclaranos lo huelan.

—¿Lo tenemos vigilado?

—Naturalmente.

—Bien…: No lo pierdan de vista, en lo posible. Yo tengo que hacer algunas cosas, y reflexionar sobre esto. Le llamaré mañana al mediodía para ver cómo están las cosas. ¿De acuerdo?

—Si está ya convencida de que soy Simón-Santa Clara, de acuerdo completamente.

—Lo estoy. Buenas noches, Simón. Naturalmente, si ocurre algo importante, no deje de llamarme, sea la hora que sea. Si no me ha llamado a las doce de la mañana, yo le llamaré.

Capítulo II

La radio sonó hacia las nueve y cuarto de la mañana, cuando Brigitte. Montfort, ya duchada y vestida, estaba cerrando el sobre dirigido al Morning News, donde Miky Grogan estaría esperando con impaciencia los artículos, sobre la situación en Santa Clara, de su jefe de la Sección Internacional.

—¿Sí?

—Buenos días —dijo Simón-Santa Clara—; el pájaro ha volado.

—¿Se les ha escapado Nurayev? —Respingó la divina.

—No. Sólo ha volado fuera de la capital. Calculo que debe estar ya a punto de aterrizar en Nueva Sevilla.

—¿Ha ido a Nueva Sevilla? —Se pasmó Brigitte.

—En un vuelo de las Aerolíneas de Santa Clara. Hace más de media hora que despegó.

—¿Por qué no me ha avisado antes?

—Porque me pareció mejor telefonear a Nueva Sevilla.

—¡Ah…! ¿Tenemos Simones allí?

—En estos días tenemos Simones en todos los puntos importantes de Santa Clara. Naturalmente, estarán esperando a Nurayev.

—Bien. Yo llegaré en cuanto me sea posible. Le avisaré a usted, dentro de un rato, sobre cómo he arreglado mi viaje a Nueva Sevilla, para qué vuelva a llamar, avisando mi llegada.

—De acuerdo. ¡Maldita sea mi suerte…!

—¿Por qué dice eso?

—Porque tenía la esperanza de que podría verla, y parece que no va a ser posible, por culpa del maldito Nurayev… ¿Qué demonios puede tener que hacer en Nueva Sevilla?

—Espero poder decírselo en breve.

Brigitte cortó la comunicación. Acto seguido, se puso en contacto con la conserjería del hotel, pidiendo un billete de avión

para Nueva Sevilla, en el primer vuelo que pudiesen conseguir, y un taxi a la puerta del hotel. No, no dejaba el hotel; se llevaba algunas cosas, pero conservaba la habitación.

Cuando supo que su avión salía a las cuatro y cuarto de la tarde, lo informó a Simón. A las cuatro y cuarto en punto, despegaba de Itlapaca y, prácticamente en el tiempo que se tarda en abrocharse y desabrocharse el cinturón, se encontró volando sobre Nueva Sevilla.

Eran muy poco más de las cinco de la tarde cuando la señorita Montfort, llevando una sola maleta y su maletín rojo con florecillas azules, aparecía en el vestíbulo del aeropuerto neosevillano…, donde un hombre de mediana estatura, bigotudo, con expresión sonriente, se acercó a ella rápidamente.

—¿Baby?

—¿Perdón? —se «sorprendió» la espía.

—Puede llamarme Simón. Si eso no le dice nada, es que he metido la pata hasta el cuello.

—Todo está bien —sonrió, ella—. ¿Tenemos coche?

—Pequeñito, pero funciona.

El coche era un «Seat 127», importado de España, de color azul, dos puertas, que en manos de Simón se convirtió en un pequeño bólido camino de Nueva Sevilla, dejando atrás rápidamente el pequeño aeropuerto. Brigitte encendió un cigarrillo, contempló el paisaje a derecha e izquierda, y dijo:

—Hace calor.

—¡Je…! ¡Pues si dice usted eso en octubre, me gustaría verla por aquí en julio y agosto!

—En julio y agosto estuve ocupada en otras pequeñas cosillas —entornó los ojos la espía internacional.

—Sí, sí, ¡pequeñas cosillas usted! Apuesto a que de julio a aquí ha arreglado varias veces el mundo.

Brigitte sonrió, y volvió a mirar hacia el exterior, implacablemente soleado. ¿Arreglar el mundo? No tanto… Solamente había evitado una repugnante traición en Gran Bretaña, el lanzamiento de un par de bombas atómicas en el estrecho de los Dardanelos, un golpe de Estado en Sudamérica…, aunque no había tenido ocasión de evitar el efectuado en Perú… ¿Arreglar el mundo? ¿Cómo podía hacer eso? Si no lo hacía no era por falta de ganas. A ella no le importaría que la llamaran La Jardinera de la

Luna…, pero, realmente, pronto sería más fácil convertir la Luna en un jardín que arreglar el mundo.

—… Escuchando, ¿verdad?

—¿Qué? —Miró al bigotudo Simón.

—Digo que no me está escuchando, ¿verdad?

—No. Perdón. ¿Qué decía usted?

—Decía que al buen Nurayev lo estaban esperando también en el aeropuerto, con un coche. Se fueron hacia el centro de Nueva Sevilla. Allá, Nurayev y el tipo que le había recogido recogieron a otro hombre, y se fueron los tres hacia el Iquitos.

—¿Hacia el río?

—Claro. Las últimas noticias son que los tres están en una lanchita amarrada a uno de los embarcaderos. La lanchita se llama Virgen Maya. Puesto que aún no he tenido noticias por la radio de bolsillo, significa que los tres siguen a bordo.

—¿Conocían de antes, a esos dos hombres, o saben algo de esa lancha?

—No.

—¿Tienen aspecto de terroristas? Usted me entiende: gente entrenada para cometer barbaridades sin inmutarse.

Simón reflexionó unos segundos, y acabó encogiendo los hombros.

—A mí me parece que no, pero ¿quién sabe? Cualquiera es capaz de meterle una bomba bajo las narices a otra persona. ¿Conoce usted a Nurayev?

—He visto algunas fotografías suyas en la central, hace uno meses. Es un hombre interesante… Y tiene cara de buena persona.

Simón la miró un instante sorprendido. Luego, frunció el ceño y refunfuñó:

—Debo admitir, que eso es verdad. ¿La llevo directamente adonde está la lancha, o prefiere dar antes un paseo por Nueva Sevilla? Es una ciudad enrevesada, pero muy bonita. Mi sitio preferido para meditar es el Parque. Maya. Hace años, había pavos reales sueltos, por los árboles.

—Ahora, Simón, lo que hay sueltos por Nueva Sevilla son unos cuantos agentes rusos. Lléveme directamente adonde está la lancha.

—Lo suponía. Son cosas de la profesión.

—¿Qué quiere decir?

—La primavera pasada me enviaron a París… ¡Imagínese! ¡París! Salí volando para allá, convencido de que lo iba a pasar formidablemente, como es natural. Bueno, todo lo que hice fue permanecer en Orly nada menos que veintinueve horas, cumpliendo un servicio rutinario de vigilancia, para el cual interesaba un agente de los no residentes en París. Cuando terminé mi trabajito, me devolvieron a Santa Clara, vía Madrid. De París, ¡ni olerlo!

—Fue una sucia jugada —rió Brigitte—. Pero, como usted bien ha dicho, son cosas de la profesión.

Simón reflexionó unos segundos antes de murmurar:

—Es una lástima que no hayan más Jardineros de la Luna.

—Sí —murmuró también Brigitte—; es una lástima.

Veinticinco minutos más tarde, Simón detenía el coche cerca de la orilla izquierda del Iquitos. Señaló hacia un punto.

La espía internacional se quedó mirando.

—Será mejor que nos acerquemos a pie para echar un vistazo a esa lancha.

La vieron un par de minutos más tarde, amarrada. No había nadie en cubierta. Simón sacó, la radio de bolsillo, y se la puso ante la boca, apretando el botoncito de llamada.

—¿Ha salido alguien? —susurró.

—No. ¿Ha llegado?

—Está conmigo. Estamos viendo la lancha. Volveré a llamar cuando ella decida algo.

Cerró el contacto, se guardó la radió y miró a Brigitte, que seguía contemplando la lancha. De pronto, miró su relojito.

—¿A qué hoja anochece? —preguntó.

—Hacia las ocho menos cuarto. Todavía vamos adelantados una hora.

—¿Podemos conseguir una lancha no menos veloz que ésa?

—Ya la tenemos… —La miró sorprendido Simón—. ¡Naturalmente que ya la tenemos! Dos de nuestros compañeros están en ella, vigilando la de Nurayev.

—Entonces, vamos a esperar a ver qué pasa.

Pasó que, poco después de las ocho, Georgi Nurayev abandonó la lancha, solo, y comenzó a caminar hacia el centro de la ciudad. En la cubierta de la lancha, con Nurayev, había aparecido un hombre que, tras despedirlo, regresó al interior. Eso fue todo.

—No parece que tengan intención de navegar —dijo Simón.

—No pierda de vista a Nurayev.

Simón asintió, y se fue detrás del Jardinero de la Luna. Brigitte estuvo un par de minutos mirando hacia la embarcación, cuya forma blanca destacaba en la oscura corriente del río, salpicado por miles de puntitos de luz… De pronto, la espía abrió el maletín y, tras un rápido vistazo alrededor, para asegurarse de que nadie la miraba en aquel momento, recogió sus negros cabellos hacia arriba, con una mano, sacó una peluca rubia con la otra, y se la puso rápidamente. Acabó de colocarla bien, sacó luego un juego de lentillas de contacto de color oscuro y se las colocó sobre sus azules pupilas. Cerró el maletín y se dirigió, sin vacilar, hacia la lancha Virgen Maya.

Tres minutos más tarde, saltaba a la pequeña cubierta, procurando hacer, ruido y que la lancha se moviese.

—¡Pedro! —llamó.

Su objetivó se fue cumpliendo punto por punto. La pequeña puerta que aislaba el camerino se abrió, y apareció un hombre, en cuyo rostro, perfectamente visible a las luces de la ciudad, había una lógica expresión de sorpresa.

—¿A quién busca? —preguntó, en español.

—¿No está Pedro? —se «sorprendió» también la rubia visitante.

El hombre se acercó, sonriendo.

—Me parece que se equivoca, señorita; en esta lancha no hay ningún Ped…

El atemi de judo acertó al hombre en un lado del cuello. Fue un golpe seco y breve, propinado con el canto de Ja mano. El hombre puso los ojos en blanco, y tras inclinarse ligeramente hacia un lado por efectos del golpe, comenzó a caer hacia delante. Brigitte lo sujetó, lo depositó en el suelo y lo registró, encontrando en el acto la pistola. La empuñó, y caminó hacia la puertecilla, empujándola sólo lo justo para poder echar un vistazo al interior.

Dentro había otro hombre, que estaba sentado en el borde de una litera, comiendo un bocadillo. Brigitte empujó, la puerta, y entró, extendiendo el brazo. El hombre alzó la mirada, vio la pistola en la pequeña pero firmísima mano, y se atragantó con el bocado que estaba tragando. Su mirada fue vivamente hacia el exterior, por un lado del cuerpo de la rubia, y regresó inmediatamente a ésta.

—Siento interrumpir su cena —sonrió Baby—. Pero podrá continuarla en otro momento si no hace tonterías. ¿Me entiende?

—Sí… Sí.

—Deje el bocadillo sobre la litera, vuélvase de espaldas a mí y coloque el brazo izquierdo sobre su cabeza. Con la mano derecha, muy despacio, saque su pistola y tírela al suelo hacia atrás, hacia mí. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Pues ya puede empezar.

El hombre obedeció…, hasta cierto punto. A mitad de la maniobra indicada, cometió el error de tomar iniciativas. Era sólo una mujer… Podía perfectamente sacar la pistola, empuñarla bien, puesto que ella no podía ver esto, y, en lugar de tirarla al suelo y hacia atrás, volverse, dejándose caer de rodillas, y disparar… Así pues, al tocar sus dedos, a pistola, rodeó con fuerza la culata, mientras el dedo índice se deslizaba hacia el gatillo.

Recibió el culatazo en la nuca, y el impacto fue tan fuerte que salió despedido hacia delante, chocó contra la pared de proa, y cayó hacia atrás, pero volviéndose, todavía dispuesto a disparar pese a que ante sus ojos sólo había negrura, y que todo su cuerpo estaba crispado por el dolor del golpe.

Todavía recibió otro. Un puntapié en la barbilla, que le hizo echar la cabeza hacia atrás. Ya ni siquiera se acordó de la pistola; se sumergió en una total oscuridad, mientras sus inertes dedos dejaban escapar el arma. Quedó tendido de bruces delante de Baby, que movió la cabeza con gesto de pesar y reproche.

—Siempre lo mismo —dijo en voz alta—; veis a una mujercita y ya pensáis que todo es fácil.

Recogió la pistola del hombre y tiró las dos sobre la litera. Dejó junto a ellas el maletín, y regresó a cubierta. Asió los pies del hombre que yacía allí, y lo arrastró hacia el interior del camerino, dejándolo tendido sobre el otro.

Luego, miró alrededor. Desde luego, bien poca cosa podía haber en aquel diminuto camerino de dos literas plegables. Éstas se hallaban en lado de estribor. En el de babor, había una diminuta cocinilla a gas butano, y encima de ésta, un armario de formica, que contenía algunos platos, vasos y cubiertos. La cocina estaba sobre un armario, también de formica, que tenía dos puertas. Las abrió…

y se quedó mirando el gran paquete envuelto en lona que ocupaba todo el hueco. Estaba sólidamente envuelto con alambres. Al intentar sacarlo con fácil gesto, comprendió que no sería tan fácil, pues pesaba mucho… Utilizando ahora las dos manos, lo sacó y se quedó mirándolo. Lo sopesó de nuevo, lo palpó… Un gesto duro apareció en los dulces labios sonrosados de la espía internacional. Buscó uno de los nudos del alambre, hecho por simple torsión de dos extremos juntos, y se dedicó con gran paciencia a soltarlos.

Invirtió en ello casi tres minutos; luego, retiró todo el alambre y apartó la lona. No se había equivocado: armas. Habían tres metralletas, pistolas, munición, granadas de mano…

Con el alambre, ató las manos de los dos hombres, dejándolos espalda contra espalda, fuertemente sujetos. Antes de conseguir soltarse de aquel alambre, se clavarían éste hasta los huesos.

Desdeñando las armas por el momento, terminó su registro de la lancha, cosa bien fácil. No había nada más que mereciese su interés.

Del maletín sacó la radio, y apretó el botoncito de llamada. Oyó, simultáneamente, la voz de Simón y de otro hombre. Por supuesto, otro Simón, sin duda uno de los que estaban en la lancha vigilando la Virgen Maya.

—Yo hablaré… —dijo rápidamente Brigitte—. Espero que los Simones de la lancha me hayan visto entrar en esta otra. ¿Sí?

—Sí —respondió un Simón.

—Bien. El asunto está resuelto aquí. Vengan dos de ustedes a hacerse cargo de esta lancha y su contenido. Una vez aquí, no se descuiden ni un segundo. Ahora, ¿dónde está el buen Nurayev?

—Sigue caminando. Estamos, ahora, en la calle de Platerías. Parece que va buscando algo.

—Continúe tras él, y avíseme cuando llegué a su destino. Es todo, por el momento.

Cerró la radio. Un par de minutos más tarde, dos hombres saltaban a la lancha, y entraban en el camarote, poniendo sus manos bien altas y visibles. Actitud muy razonable, pues dentro de la lancha Brigitte les esperaba con la pistola apuntada hacia ellos.

—¿Pedro? —preguntó ella.

—No —sonrió uno de los hombres—; Simón. Mi compañero también se llama Simón.

—Linda casualidad —sonrió a su vez Baby—. ¿Ha quedado

alguien en nuestra lancha?

—No, puesto que los dos estamos aquí.

—Perfecto.

—Las precauciones nunca están de más… —dijo Simón, mirando hacia las armas, hacia el armario bajo abierto, y de nuevo a Baby—. ¿Estas armas estaban en ese armario?

—Así es.

El otro se había acercado a las maniatados sujetos, para asegurarse de que no representaban ningún peligro. Convencido de esto, se incorporó y señaló a uno de ellos.

—Está despierto, aunque quiera aparentar lo contrario. ¿Lo convenzo de que es mejor no hacer comedia?

—No creo que haga falta —sonrió fríamente Baby—. Si es cierto que está despierto, abrirá sus ojitos y nos mirará. Si no lo hace, le vamos a patear la cabeza los tres.

No hizo falta cumplir la premeditadamente truculenta amenaza de Baby. El hombre que simulaba estar todavía dormido abrió los ojos en el acto, fijándolos en ella. Era el que había salido a su encuentro cuando saltó a la lancha.

—Así está mejor… —asintió Brigitte—. ¿Cuál es su nombre?

—Vicente —gruñó sordamente el hombre.

—A lo mejor —sonrió de nuevo fríamente Baby—, eso quiere decir Vikenty, en ruso. ¿Me equivoco?

Vicente apretó los labios. Baby alzó las cejas, con expresión divertida.

—¿Y cómo se llama el otro? —inquirió.

—Miguel.

—Imagino que ha querido decir Mihail. Bueno, Vicente, mientras Miguel sigue durmiendo todavía unos minutos, nosotros vamos a comenzar una amistosa charla. Quiero decir que, por mi parte, voy a tratar de ser amistosa. ¿Me comprende?

—Sí.

—Bien. ¿Para qué son estas armas?

Vicente apretó los labios. Baby pareció de nuevo entre sorprendida y divertida.

—Quizá no he comenzado de modo adecuado la conversación —reflexionó—. Posiblemente, mi primera pregunta ha debido ser: ¿qué ha venido a hacer a Nueva Sevilla Georgi Nurayev?

De nuevo apretó los labios Vicente. Pero tuvo que aflojarlos, y mucho, al gritar de dolor cuando uno de los agentes de la CIA, sin esperar más, se adelantó hacia él y le propinó un puntapié en las costillas.

—¡Contesta, o te…!

—¡Cálmese! —cortó un tanto secamente Baby—. Yo diré cuándo llegamos a eso. De todos modos —miró a Vicente—, una pequeña advertencia quizá le haya resultado beneficiosa. Repetiré la pregunta: ¿qué ha venid…?

La radio de bolsillo emitió un zumbido, y Baby atendió la llamada inmediatamente.

—¿Sí?

—Nurayev está cenando.

—¿Solo?

—Sí. Ha entrado en un pequeño restaurante llamado La Pirámide del Sol, en la calle de Tlascali. Nadie le estaba esperando y, o mucho me equivoco, o no espera contacto alguno.

Brigitte vaciló un instante antes de decir:

—Voy para allá. Mientras tanto, siga vigilándole. Cuando me vea entrar, siga afuera, esperando.

—De acuerdo. ¿Sabe dónde está la calle de Tlascali?

—Presumo que hay taxis en Nueva Sevilla.

—¡Caramba, claro…!

—Llegaré en pocos minutos… —Cerró la radio, la guardó en el maletín, y miró a Vicente, que estaba pálido—. Por el momento, vamos a dejar la conversación en este punto. Si Nurayev es tan terco como usted, la reanudaremos del modo adecuado, en su compañía, dentro de poco. Ustedes —miró a los de la CIA—, quédense vigilando a Miguel y Vicente. Sin hablar, y sin pretender que ellos hablen ni con ustedes ni entre sí durante mi ausencia. ¿Está claro?

—Sí…

—Y si hubiese la menor señal de peligro, simplemente escapen en esta misma lancha. Hasta luego.

Capítulo III

Georgi Nurayev, esto es, Jorge Martínez Roca, vio a la muchacha rubia en cuanto ésta entró en el restaurante La Pirámide del Sol. Le dirigió una lógica pero discreta mirada de admiración, y luego volvió a dedicar su atención a los langostinos que estaban consumiendo. Formidables, frescos, turgentes, blancos langostinos recién hechos a la plancha. Riquísimos. Los desnudaba utilizando los dedos, les echaba una gota de limón y los engullía de un solo bocado.

El Jardinero de la Luna era un hombre alto y fuerte, de recios hombros un tanto pesados, y grandes manos fortísimas, velludas y nervudas. Debía tener entre cuarenta y cuarenta y cinco años, y era fácil de ver que estaba en la plenitud de su vigor físico. Llevaba el cabello color miel, discretamente largo, sus ojos eran oscuros, su boca grande. En conjunto, Georgi Nurayev resultaba un hombre no sólo atractivo, sino interesante. Esa clase de hombres que, si se dedican al cine, su sola presencia en la pantalla la llena completamente, por su personalidad, su soltura, su «saber estar» en todo momento y situación.

Sólo que, ciertamente, Georgi Nurayev no se había dedicado al cine. Su profesión era mucho menos brillante, mucho más silenciosa y discreta; por muy bien que la desempeñase, el mundo jamás lo sabría. Precisamente, cuanto mejor fuese Nurayev en su profesión, menos sabría el mundo de él, de sus triunfos… y de las muchas veces qué (salvo los, cinco últimos años) se había jugado la vida compitiendo con agentes secretos que tenían unos puntos de vista muy diferentes a los suyos respecto a lo que debía ser el espionaje. En realidad, mientras consumía otro riquísimo langostino, Nurayev estaba pensando que no debía haber salido de Rusia.

Hacía cinco años que no realizaba trabajos de esta clase; cinco años dedicado a labores de despacho. Mucho más interesantes si se

quiere, pero… bien diferentes a la vida de un espía de acción. Pero las órdenes son las órdenes y, en el fondo, a Nurayev le encantaba aquella misión que…

—¿Puedo sentarme con usted?

Nurayev alzó vivamente la mirada, y se quedó contemplando a Ja bella muchacha rubia que había entrado hacía pocos segundos. Luego, el ruso dirigió una veloz mirada circular, comprobando que habían algunas mesas libres.

—Desde luego —autorizó, poniéndose en pie cortésmente.

—Gracias… —La rubia se sentó, miró al camarero que, junto a ella, la contemplaba un tanto desconcertado e intrigado, y señaló el plato de Nurayev—. Tráigame lo mismo que al señor Martínez.

Un chispazo de alarma pasó por los oscuros ojos de Georgi Nurayev. El camarero anotó algo en un bloc y se alejó. Nurayev señaló su plato.

—Si le apetecen, puede empezar a comer de los míos.

La rubia tomó un langostino, y comenzó a desnudarlo con sus finos deditos sin una sola joya.

—Le debo uno… —sonrió—. ¡Tienen muy buen aspecto!

—Y eso a pesar de que están muertos.

—Sí… —se sorprendió ella—…Sí, es verdad; están muertos. Con frecuencia pienso que los vegetarianos tienen razón, que esto de comer carne muerta no puede ser bueno para la salud. Pero supongo que comerse vivos a estos bichitos sería mucho más difícil. O quizá he debido decir imposible.

—No hay nada imposible para el ser humano. Por ejemplo, si hace dos minutos me hubiesen dicho que usted me conocía; yo habría replicado que era imposible. Y ya ve, me conoce. ¿Prefiere limón o salsa mahonesa?

—Limón… —aceptó la rubia las dos gotitas que Nurayev exprimió sobre el «cadáver»—. Gracias, señor Martínez Roca. ¿O prefiere que lo llame don Jorge?

—Martínez está bien —encogió los hombros Nurayev—. Entre nosotros, eso del nombre no tiene ninguna importancia. ¿Estoy rodeado?

—No. Sólo bajo control, por si su reacción pudiera llegar a ser peligrosa, o tan sólo inquietante.

—Entiendo. Usted no es sanclarana.

—No. Adivine.

—¿Cómo debo llamarla?

—Carmen. Pero adivine, adivine, por favor.

—Americana, naturalmente. Hasta hace unos años, nadie sabía nada de mí; nadie sabía quién o cómo era yo. Pero me metí en un despacho y, a partir de entonces, quedé visible. Aunque no con facilidad, han podido tomar fotografías mías en Moscú. De eso a saber cuándo y cómo salgo o entro de Rusia, hay sólo un paso. Pero, claro, el servicio de inteligencia sanclarense no está capacitado para tanto, a mi juicio. La CIA sí, naturalmente.

—Naturalmente —sonrió Carmen.

—De todos modos, el trabajo de ustedes ha sido bueno… ¿Me han estado vigilando desde que salí de Rusia?

—Así es. ¿No está sorprendido de lo bien que hablamos los dos el español, señor Martínez?

—Cuando una cosa se aprende, se sabe. No veo la sorpresa por ninguna parte. ¿Quiere otro?

—No, no… Me parece que ya me traen el primer plato…

—Apetitoso —dijo Nurayev—. Agradable y refrescante. Y no contiene carne muerta, sólo vegetales.

—Eso es conservar la salud. Y conservar la salud es prolongar la vida. Y prolongar la vida es aumentar cada día las posibilidades de irse a vivir a la Luna y convertirla en un jardín.

Nurayev sonrió, frunciendo al mismo tiempo el ceño, con un gesto simpático. Esperó a que sirvieran a Carmen, pidió otra ración de langostinos para que se la sirviesen al mismo tiempo que a la señorita, y se quedó mirando a su colega americana, que comenzaba a consumir, con gesto expectante, el contenido de su plato.

—¿Está a su gusto?

—Quizá demasiado vinagre. Pero no importa. Mi estómago es capaz de digerir incluso piedras. Y no es una broma.

—Yo creo que tiene que serlo… —Casi rió Nurayev—. Muy bien, de acuerdo; sabe usted perfectamente quién soy: Georgi Nurayev, el Jardinero de la Luna, como me llaman ahora. ¿Y bien?

—También le llaman el buen Nurayev —murmuró Carmen.

—Nadie hace caso de la bondad. Y si, además, añadimos que esto de la bondad lo quiere poner de moda un espía con más de quince años de profesión, sólo podemos causar risa.

—No a mí —dijo seriamente Carmen.

—¿Usted me creería si yo le dijese que deseo fervientemente que todos seamos buenos?

—Si me da una explicación razonable sobre la presencia de esas armas en la lancha Virgen Maya, sí.

El Jardinero de la Luna parpadeó. Luego, se quedó mirando con más atención todavía a la bellísima rubia que consumía su ración tan delicada y reposadamente.

—¿Baby? —musito de pronto.

—Sí —dijo ella, mirándole a los ojos.

—Increíble… —Se pasmó en verdad Nurayev—. ¿La han designado, nada menos que a usted, desde Langley, sólo para saber lo que ha venido a hacer a Santa Clara un pobre diablo como yo?

—No. Yo ya estaba en Santa Clara, y pensé que sería interesante conocerle. Y, por supuesto, usted no es ningún pobre diablo. Como ya habrá comprendido, tenemos a Miguel y Vicente a buen recaudo.

—Claro. En realidad, soy un pobre tonto… ¡Debí comprender en seguida que se trataba de usted! Aunque, claro, se me puede disculpar; no todos los espías rusos tenemos el privilegio de llamar la atención de la agente Baby y, en cuanto a mí se refiere, la posibilidad de encontrarme algún día frente a usted me pareció siempre una de mis grandes fantasías.

—¿Se considera usted un hombre fantástico?

—Debo serlo, cuando mis propios compañeros me llaman el Jardinero de la Luna.

La rubia terminó su comida, y se quedó mirando fijamente a Nurayev mientras se pasaba delicadamente la servilleta por los labios.

—He conocido algunos rusos como usted —murmuró.

—¿Rusos como yo? ¿Qué quiere decir?

—Rusos que pretendían basar las relaciones humanas en todos los órdenes en una gran bondad. Y no sólo rusos, sino de otras nacionalidades y razas… Incluida la americana —sonrió—. La mayoría de esos hombres murieron.

—¿De vejez? —sonrió también Nurayev.

—No. Trágicamente; los demás no les permitieron que fuesen buenos. ¿La MVD se lo permite a usted?

Nurayev frunció el ceño, muy pensativo.

—No lo sé —admitió por fin—. Yo soy ahora un funcionario especializado de la Inteligencia rusa. En mi cometido, básicamente intelectual y siempre referido a mis habilidades pasadas en espionaje, ser bueno o ser malo no tiene ninguna importancia. En un trabajo de despacho, las decisiones que se toman pocas veces afectan de un modo directo a las vidas humanas. Por otra parte, por mucha bondad qué usted o los demás me atribuyan, yo estoy de acuerdo en que muchas veces hay que matar… o ejecutar.

—Pongamos un ejemplo. Esos hombres que han sido ejecutados en Santa Clara por haber matado a miembros de la policía…, ¿qué le parece que se podría haber hecho con ellos?

—Lo que se ha hecho: ejecutarlos.

—Entonces, ¿está de acuerdo?

—Tal como sucedieron las cosas, sí. No es lo mismo matar para defender nuestra vida o nuestros intereses en un momento dado, qué asesinar fríamente. En el primer caso, es casi seguro que la persona que mata no volverá a hacerlo, salvo que sus circunstancias vuelvan a ser de vida o muerte. En el segundo caso, esto es, cuando se mata fríamente, es seguro que el asesino volverá a actuar, matando a otras personas que le habrán sido señaladas. Eso convierte a ese hombre en una especie de peón que es movido de acuerdo a intereses, no siempre honestos, de otras personas.

El camarero llegó con una bandeja, en la que colocó el vacío recipiente de Baby, y de la que sirvió las dos raciones de langostinos, retirándose en el acto. Erigirte tomó un langostino, y lo acercó al plato de Nurayev, que alzó las manos.

—¡Por favor…!

—Se lo debo, y yo siempre pago… —Depositó ella el langostino sobre los servidos al ruso—. Siguiendo con el tema: ¿qué le parece a usted matar por venganza?

El Jardinero de la Luna se quedó mirándola con una seca sonrisita en los labios.

—De eso —murmuró— sabe usted mucho más que yo: tengo entendido que jamás ha perdonado la vida a quien haya matado a uno de sus, Simones.

—*Touchée* —sonrió la rubia, poniendo un dedito sobre su corazón—. De acuerdo. Parece que nuestras posturas personales sobre los acontecimientos en Santa Clara son bastante paralelas. Lo

que no puedo creer de ninguna manera es que esté usted en este país para beneficiar a los sanclaranos.

—Puede creerlo q no, pero indirectamente ellos saldrán beneficiados de mi estancia aquí.

—Quizá yo pueda comprender mejor eso si me dice para qué son las armas que hay en la lancha.

—Si las ha visto, quiere decir que ha abierto el paquete que hice con ellas, ¿no?

—Así es.

—Bien. Cuando llegué a la lancha Virgen Maya, esas armas estaban preparadas para ser usadas en caso necesario. Pese a ello, lo primero que hice fue empaquetarlas, y mi propósito era tirarlas al río mañana, cuando navegásemos hacia el sur; por eso hice el paquete.

Brigitte terminó de quitar el caparazón a un langostino, y antes de llevárselo a la boca preguntó:

—¿Sus dos compañeros, Miguel y Vicente, estaban de acuerdo con eso?

—Tuvieron que estar de acuerdo.

—Sin embargo, ellos iban armados.

—No pretenderá que deje a dos hombres que trabajan para la MVD en condiciones tales que ni siquiera podrían defender su vida.

—De nuevo estamos de acuerdo. Ahora explíqueme el significado de esas armas, y por qué quería tirarlas usted al río.

—¿Por qué tengo que hacerlo? —refunfuñó Nurayev—. Estamos en Santa Clara, no en Estados Unidos… y no creo ser su prisionero. En mi opinión, ambos, estamos siendo muy amables el uno con el otro, pero todo lo que tenemos que hacer es terminar de cenar y despedirnos. A propósito de esto: ¿conoce alguna pensión modesta que no esté demasiado mal? Cómo en la lancha sólo hay dos literas, tengo que arreglármelas para pasar la noche fuera.

—Arreglaremos eso más tarde. Eso suponiendo que lleguemos a un acuerdo. Si no llegamos a un acuerdo, mucho me temo que su misión en Santa Clara habrá terminado.

—¿Me mataría? —Casi rió Nurayev.

—No. Simplemente, mis compañeros de la CIA y yo lo retiraríamos de la circulación. Es más que posible que cuando usted fuese a darse cuenta, se encontrase en Estados Unidos.

—Entiendo. Bien… De todos modos, considerando la línea operativa de usted, quizá haga un buen negocio permitiéndole meter sus naricitas en mis asuntos. Le voy a explicar por qué me han enviado a Santa Clara y cómo están las cosas en estos momentos… Creo que deberíamos pedir más vino.

—Pues sí —sonrió la rubia—. Gracias.

Un minuto más tarde, el camarero descorchaba una botella ante ellos. Sirvió en las dos copas, y de nuevo los dejó solos. El restaurante ya estaba casi lleno. Sólo dos mesas quedaban por ocupar.

—Es un buen vino —dijo Nurayev.

—Fresco y agradable, sí. Hable, Georgi.

—Sí… Bien, el asunto se inició cuando uno de nuestros hombres en Tánger se vino a Santa Clara hace unos días, sin autorización de su jefe allá. A este hombre vamos a llamarlo Mosku…

—¿Moscú?

—No, no: Mosku. Es un apelativo, entre cariñoso y despreciativo, que se usaba hace muchos años entre la oficialidad rusa para dirigirse a los soldados.

—¡Ah…! No conocía ese término. Bueno, supongo que si han decidido llamar así a ese agente díscolo de la MVD es porque todavía no saben muy bien qué hacer con él. No saben si aplaudirle o mostrarse enfadados con él. ¿Cierto?

—En principio, estamos un poquito disgustados con él, ya que, en teoría, ha desertado de su puesto. Pero esto nos sorprende bastante, ya que hasta ese día Mosku fue siempre leal y eficiente. Por lo tanto, antes de tomar decisiones tajantes, había que reflexionar sobre el caso. Y mientras reflexionábamos en Moscú, nuestros camaradas de aquí, de Santa Clara, localizaron a Mosku, y lo han estado rastreando, vigilando.

—¿Dónde lo encontraron?

—En Boca Chica. ¿Conoce usted Santa Clara?

—Lo suficiente para saber que Boca Chica es una pequeña ciudad a unos cien kilómetros al sur de Nueva Sevilla; está en la punja de una diminuta península formada en la desembocadura del Iquitos, gracias a los materiales de aluvión arrastrados por ese río.

Nurayev asintió con la cabeza.

—Creemos que Mosku escogió, precisamente. Boca Chica para

sentar su base de operaciones. Se dedicó a reclutar hombres…

—¿De qué nacionalidad?

—Sanclaranos.

—¿Sanclarenses? —Parpadeó la rubia—. ¿Quiere decir que Mosku está encontrando sanclarenses dispuestos a trabajar para él?

—Vamos, vamos… —sonrió desganadamente Nurayev—. Usted sabe perfectamente que hay traidores en todas partes, Carmen. Los hay en Rusia, en Estados Unidos, en China… ¿Por qué no en Santa Clara? De todos modos, cuando en Moscú supimos esto, nuestro desconcierto aumentó. ¿Mosku estaba reclutando personal sanclarano? ¿Para qué? Surgió la idea de hacer contacto directo con él y pedirle una explicación, pero esa idea fue pronto desechada. Obviamente, Mosku está preparando algo ajeno a los planes de la MVD y, entonces, preferimos darle cuerda y vigilarlo, para saber de qué se trataba. Así que, mientras yo salía de Moscú, nuestro personal en el sur de Santa Clara se dedicaba a seguir vigilando a. Mosku. Seguía reclutando hombres, por un lado, y consiguiendo armamento por otro. Los hombres los conseguía en Santa Clara; el armamento le llegaba desde un país socialista de Centroamérica.

—¿Qué clase de armamento?

—Metralletas, pistolas automáticas, morteros y cargas de explosivos… Seguramente, también granadas de mano. En vista de esto, claro está, nuestro personal comenzó, también, a acumular armas. Una pequeña partida de éstas son las que usted ha encontrado en la lancha. La idea de mi compañero que estaba dirigiendo todo esto por aquí, era acorralar a Mosku fuera como fuese y, finalmente, pedirle una explicación. Pero llegué yo. Le dije a uno de los que me estaban esperando que nada de armas y, por medio de la radio de la lancha, impartí la orden de inmovilidad absoluta. Luego, salí a cenar y a buscar un lugar donde pasar la noche y reflexionar.

—Eso quiere decir que usted está dispuesto a resolver el asunto por las buenas.

—Naturalmente —la miró sorprendido Nurayev—. De otro modo, mi directorio habría enviado a otro alto jefe, no a mí. Es más, ni siquiera habría hecho falta enviar a nadie, pues nuestros compañeros de aquí pueden resolver perfectamente una situación como ésta, a las malas. A fin de cuentas, doce hombres no son

demasiados.

—¿A qué doce hombres se refiere?

—A los que ha reclutado Mosku. Con esos doce hombres partió en una lancha pesquera, costeando a partir de la desembocadura del Iquitos, a la que llegó en línea recta.

—Nosotros tenemos, una base allí —musitó Baby.

—Lo sé, claro. Bueno, después navegaron costeando. Pasaron por delante de la desembocadura del Iquitos, luego por la playa del Morro… Finalmente, llegaron a un lugar llamado Torre del Caobo, en la playa, muy cerca de una pequeña localidad llamada Acecucho. Allí, desembarcaron Mosku y diez de los hombres, lo que evidencia que quedaron dos de vigilancia en la barca de pesca.

—¿Adónde fueron Mosku y los otros diez?

—A una pequeña hacienda, llamada Los Chibchas, que hay entre Acecucho y la playa.

—¿Qué más?

—Nada más. Las armas siguen en la barca de pesca, siempre vigilada por dos hombres, y los demás permanecen en esa hacienda. Eso, desde anoche, que fue cuando llegaron a Los Chibchas.

—¿Y qué hacen allí?

—No lo sabemos.

—Sin embargo —musitó Carmen—, es evidente que están preparando algo, ¿no le parece?

—Evidentísimo. Y mi intención es encontrar el modo de ir a preguntárselo a Mosku. Mis camaradas son partidarios de tomar la barca por asalto, y luego hacer lo mismo con la hacienda, pero dada la delicada situación de estos días en Santa Clara, mi Directorio no aprobaría una acción de ésta, clase. Supongo que, precisamente con el fin de evitar contratiempos importantes, me enviaron a mí aquí. Esperan que resuelva el problema del modo más discreto posible. Aunque todavía no he conseguido ni siquiera sospechar qué es lo que se propone Mosku.

—Sea lo que sea —murmuró Carmen—, no será nada bueno, si ha reclutado y armado a doce hombres. ¿Qué han averiguado sus camaradas sobre esa hacienda llamada Los Chibchas?

—Parece que pertenece a un hombre llamado Diego Cubero, residente en la ciudad de Boca Chica. No es propiamente una hacienda de esas grandes, o sea la casa central de una gran

hacienda destinada a la cría de ganado, por ejemplo. En realidad, es un chalet de estilo colonial español, que evidentemente Diego Cubero tiene en ese lugar para sus jornadas de reposo…, o de diversión. Está cerca del Parqué Nacional del Iquitos, una gran reserva de vida animal natural. Seguramente, es aficionado a la caza, o la fotografía… Los Chibchas, por lo que hemos deducido, es la clásica segunda casa de quien, los fines de semana o vacaciones, gusta de retirarse a descansar del mundanal ruido.

—¿Y qué han averiguado sobre ese Diego Cubero?

—Nada. La aparición de usted ha coincidido con el principio de mis meditaciones. Lo único que puedo decirle es que urge encontrar una solución antes de que Mosku entre en acción.

—¿De verdad no saben en Moscú lo que Mosku se propone?

—Es de suponer qué me lo habrían dicho, ¿no? —refunfuñó Nurayev—…Y, por otra parte, ¿qué pintaría yo aquí si todo eso ya fuese del conocimiento de la MVD?

—Tiene razón. Bueno… Algo habrá que hacer. ¿Le molestaría que yo le ayudase a instalar uno de sus jardines en la Luna?

—¿Entiendo que se ofrece para ayudarme a resolver esto por métodos pacíficos?

—Exactamente. Dicen que dos cabezas piensan más que una, Georgi. Y mi cabeza está acostumbrada a pensar. Además, voy a hacerle una interesante oferta: le ofrezco alojamiento para esta noche, y un informe completo de lo que yo y mis compañeros de la CIA consigamos saber de todo esto de aquí a las ocho de la mañana. Mientras tanto, usted no pierde nada, puesto que sus camaradas deben estar vigilando la barca de pesca que contiene las armas, y la hacienda Los Chibchas. ¿No es así?

—Sí.

—¿Acepta?

Georgi Nurayev permaneció unos segundos pensativo con la mirada fija en el plato. Por fin alzó la mirada, y sonrió.

—¿Por qué no? Aparte de lo interesantísimo que debe ser trabajar con usted, iría contra mis propios principios si rechazase la ayuda de una persona que admite la posibilidad de plantar jardines en la Luna… Acepto.

Capítulo IV

Georgi Nurayev, que yacía en la cama vestido, salvo los zapatos y la chaqueta, abrió los ojos en cuanto la rubia Carmen lo tocó en un hombro. La miró, se sentó rápidamente en el borde de la cama y miró su reloj de pulsera. Eran las siete menos cuarto.

—¿Alguna novedad?

—Pocas —Carmen se sentó en una silla, abrió el maletín, y ofreció cigarrillos al ruso—. La hacienda Los Chibchas pertenece al sanclarano Diego Cubero, en efecto. El cual vive en la calle del General Balderas, en Boca Chica. Es un rico comerciante, casado, dos hijos… Estos dos hijos residen en Santa Clara, capital, con los abuelos, durante el curso escolar, medio internos en un elegante colegio privado de profesorado inglés. La esposa del señor Cubero se llama Lolita. El padre del señor Cubero, que tiene ahora sesenta y nueve años, estuvo a las órdenes del general Emerenciano García cuando la ocupación de la capital del país, por sus partidarios. El hijo era un muchachito entonces. Actualmente, es imposible sospechar que él pueda tener ninguna clase de relaciones amistosas con el comunismo. Lo que, a mi juicio, descarta toda posibilidad de que haya dado cobijo en Los Chibchas a Mosku y sus diez hombres armados.

—Ese es un buen trabajo de la CIA —murmuró Nurayev—. ¿Cuál es la conclusión? ¿Simplemente Mosku y sus reclutas han ocupado esa hacienda para utilizarla como base, aprovechando que no hay nadie en él?

—En Los Chibchas están sus propietarios, Diego Cubero y esposa. Nos hemos asegurado bien.

—Mis camaradas no los han visto. Y le aseguro que la vigilancia…

—Más a mi favor. Es evidente que Mosku ha ocupado la hacienda a la brava, y que retiene, como rehenes, a los Cubero. A

menos que, pese a su historial, Diego Cubero esté dispuesto a tener tratos con agentes secretos rusos. Yo me inclino a pensar que Mosku eligió esa hacienda como base, y que, simplemente, tienen prisioneros a los Cubero.

Nurayev se pasó las manos por la cara, y quedó pensativo.

—Mal asunto… —musitó segundos después—. ¡Mal asunto! Si se propone matar a ese matrimonio, o utilizarlos como objetos de canje…

—No. Los Cubero están prisioneros porque se encontraban en la hacienda cuando Mosku decidió utilizarlo. Pero la cosa no va con ellos. Sea lo que sea lo que Mosku esté tramando, está relacionado con el mar.

—¡Claro!… —admitió Nurayev, tras brevísima reflexión—. Por eso han dejado todo el armamento en la barca de pesca… Están esperando algo para hacerse a la mar con esa barca llena de armas.

—Así lo creo yo también.

—Pues no comprendo… ¿Quizá piensa regresar a Boca Chica con esa barca? ¿Para qué quiere a esos doce sanclarenses? ¿Qué puede haber en Boca Chica que precise la acción de doce hombres armados? ¿Y por qué ha reclutado a sanclarenses? En Boca Chica, en su calidad de puerto de mar, podría haber encontrado más de doce hombres de cualquier nacionalidad dispuestos a todo… Bien, tenemos que pensar algo para…

—Yo ya he pensado algo —sonrió Carmen.

—¿El qué? —La miró vivamente el ruso.

—Ante todo, puesto que tanto usted como yo queremos evitar derramamiento de sangre, tenemos que asegurarnos de que los Cubero están prisioneros en su hacienda. Porque si están, tendremos que actuar con mucha más delicadeza que si no están…

—Pero si usted dice que están…

—Digo que no están en su domicilio de Boca Chica. Mi impresión es que están en la hacienda, pero quizá estén en la capital, a ver a sus hijos, o pasando unos días con los padres de la señora Cubero.

* * *

El pequeño «Seat 127» azul de dos puertas apareció, de pronto, en

el pequeño patio del chalet de estilo colonial español.

Se detuvo a un lado, como buscando un poco de sombra, que en realidad no existía. No al menos a aquella hora, casi mediodía, en que el sol caía en línea considerablemente vertical. Del coche se apeó una mujer rubia, que tras mirar a su alrededor y no ver a nadie, hizo sonar el claxon, y luego casi corrió hacia el emparrado. Allí sí que había sombra… Sólo que no había podido meterse allí con el coche, por la sencilla razón de que el lugar sombreado ya estaba ocupado por otro vehículo. Evidentemente, la casa había sido construida aprovechando al máximo el espacio, así que no había garaje. Como tal, se utilizaba la sombra de aquel emparrado, a un lado de la casa.

—¿No hay nadie? —llamó la muchacha rubia, en voz considerablemente alta.

Mientras tanto, miraba la matrícula del coche colocado a la sombra del emparrado, y el modelo del vehículo, de color marfil. Luego, al mirar con más detenimiento hacia la casa, vio la puerta, al fondo del porche con arcos blanquísimos, y sin la menor vacilación dio un paso hacia allí… Justo entonces, se abrió aquella puerta y un hombre salió al porche, mirando hacia el emparrado.

—¡Eh! —llamó la rubia—. ¡Buenos días!

El hombre salió del porche, caminando hacia el emparrado. Tenía el ceño fruncido, y caminaba de prisa, como huyendo del sol. La muchacha lo miraba, con gesto sonriente y amistoso, mientras se pasaba un pañuelito por la frente, retirando las gotitas de sudor.

—¿Qué desea? —preguntó el hombre, mirándola con fijeza.

—Pegdone si no hablo bien español, señog… Francesa, ¿compgende?

—Sí, sí, comprendo. ¿Qué desea?

—Pequeño favog, señog… Un amigo de Nueva Sevilla me pgesta su coche en Boca Chica, y dice que nos vegemos en El Pama… no… En El Pámago…

—¿El Páramo?

—¡Sí, eso es, El Págamo! Yo salgo de Boca Chica paga ig a El Págamo, pero me piegdo… Pegdida, sí… ¿Usted puede; dicigme dónde está El Pag…, El Pam…? *Oh, mon Dieu, terrible c’est*!

—Se ha perdido, ¿eh? —sonrió por fin el hombre—. Bueno, tómelo con calma, nena. Si venía de Boca Chica, seguro que se ha desviado del camino al llegar a Arenas Calientes. ¿Lleva algún mapa de carreteras en el coche?

—No sé, el coche no es mío, es de un amigo…

—Espere aquí.

El hombre corrió hacia el coche en el que había llegado la rubia, se metió dentro y salió a los pocos segundos, regresando a, toda prisa hacia el emparrado, con un plano en las manos.

—Estaba en la guantera. Se lo explico en seguida —extendió el plano sobre la tapa del portamaletas del coche color marfil, y señaló el mapa de carreteras—. Vea, ahora está usted aquí. Viniendo de Boca Chica, hay un desvío a la izquierda, poco después de pasar por Tatlán. ¿Lo ve? Usted debió tomar ese desvío, pero ha seguido derecha por la carretera, y se ha plantado casi en Acecucho.

—Acecucho… Sí, bueno…

—Mire, podría mostrarle un camino que le ahorraría tiempo, pero me parece qué le complicaría aún más la vida, y con este calor es un asco ir en coche. Lo mejor que puede hacer es volver por donde ha venido. Recorra unos quince kilómetros, y entonces verá un desvío a su derecha; pues bien, por ese desvío llegará usted en cinco minutos a El Páramo. ¿Me ha entendido?

—Sí, sí… —dijo muy convencida la rubia—. Jjacias, sí, he entendido. Muy amable usted, señog, muy amable…

—No faltaba más rica.

—¿Usted pegmite telefoneag? Yo llamo a mi amigo a El Pama… El Págame…

—La autorizaría con mucho gusto, pero el teléfono está estropeado… Además, en veinte minutos está usted en El Páramo; no vale la pena.

—Sí, compgendo… ¿Tiene agua? Agua paga bebeg…

—De eso toda la que quiera, nena. Y fresquita. Venga.

Señaló hacia la arcada. La rubia se puso a caminar a su lado, mirando hacia las ventanas con los ojos entornados. No se inmutó en absoluto cuando vio moverse una de las persianas. Llegaron al porche, y cuando ella se dirigía directa hacia la puerta, el hombre la detuvo con un gesto, riendo.

—¡Apuesto a que se divierte! Y yo también, cuando la vea beber

en botijo. Vamos a ver qué tal lo hace.

Ella lo miró, sonriendo como desorientada. El hombre descolgó un botijo de cerámica colgado en la pared, a la sombra, y se lo tendió.

—¿Botigo? —sonrió ella.

—Bo-ti-jo.

—Botigo… Lindo botigo…

Lo alzó. El chorro del agua, al salir por el pitorro, le cayó primero en la cara, y el hombre comenzó a reír. La rubia francesita emitió un gritito, y bajó el recipiente. Miró sonriente al hombre, y probó de nuevo. Esta vez lo hizo bastante mejor, acertando con el chorro de agua en su boquita sonrosada, de dientes blanquísimos. Finalmente, devolvió el botijo, riendo.

—Botigo seg espagnol… —exclamó.

—Tú sí que estás buena, serrana —masculló el hombre.

—¿Buena?

—Digo que estás como un tren, ¡demonios!

—¿Qué…?

—Que usted sí que tiene un buen par de botijos, ¡caray…! Mire, no quiero ser mal educado, pero si seguimos aquí nos vamos a asar. ¿Comprende esto?

—Sí, sí, mucho calog… Muy amable usted, señog… ¡Adiós!

—¡Adiós, prenda!

La rubia se metió en el coche, lo puso en marcha, y tras una pequeña maniobra para enfilar la salida, partió, sacando una mano por la ventanilla.

—¡Adiós, señog!

—¡Adiós, chamacaza!…, —masculló el hombro—. ¡Si te llego a pillar a solas en el campo, te habrías enterado de la vida!

Regresó al interior de la casa. Apenas entrar, un hombre alto, atlético, de espesas cejas, rostro adusto, de grandes ojos claros, apareció ante él.

—¿Quién era? —preguntó en español, con ligero acento extranjero.

—Una francesa que se ha perdido.

—Sí, ya la he visto por la ventana. ¿Quién era?

—¿Y qué demonios me sé? Una tía cachonda que no sabía ni dónde estaba, hombre. Quería ir desde Boca Chica a El Páramo, y se

ha plantado aquí, eso es todo, señor Palacios.

—¿Es posible eso que usted dice? Quiero decir, salir de Boca Chica y perderse de modo que haya llegado aquí.

—Desde luego.

—Está bien. Siga con esa gente. Y ya sabe cómo debe tratarlos, Carmona.

—¿Acaso no lo he hecho bien hasta ahora?

—Sí… —admitió Palacios—. Siga así.

Carmona asintió con la cabeza, y se dirigió hacia el comedor salita. Allí habían más hombres, todos ellos silenciosos, de aspecto inquietante; sus miradas eran fijas y su expresión hermética. Pero Carmona no les hizo caso, acercándose al hombre y la mujer que permanecían sentados en el sofá, siempre tensos, preocupados. Carmona les sonrió.

—Todo va bien, no se preocupen. Mientras ustedes sigan comportándose como hasta ahora, nada ocurrirá.

—Pero ¿qué es lo que quieren ustedes? —preguntó una vez más el hombre—. ¿Qué hacen en nuestra casa, por qué…?

—Mire, señor Cubero, yo podría explicárselo todo a usted, pero créame, sólo conseguiría complicarle la vida.

—La vida ya nos la han complicado —murmuró la mujer.

—Claro que no, señora —rechazó Carmona—. Yo comprendo su disgusto por ver su casa ocupada por unos cuantos hombres desconocidos, pero le aseguro que nada malo va a resultar de esto para ustedes. Por otra parte, si quisiéramos hacerles daño, ya podríamos haberlo hecho, ¿no le parece?

—Pero entonces… —Tomó el relevo en las preguntas Dolores Cubero—, ¿qué quieren de nosotros?

—De ustedes, nada. Es decir, solamente que estén tranquilos. Esta misma noche nos iremos y, poco después, todo terminará para ustedes, y terminará bien. Mientras tanto, lo único que, puedo decirle es que, sin proponérselo, ustedes están colaborando con patriotas sanclaranos. ¿Lo entiende?

—No —saltó Diego Cubero—. No entendemos nada. ¿Qué es lo qué ha querido decir?

—Escuche, señor Cubero, nosotros somos sanclaranos que nos vamos a jugar pronto la vida para demostrar que lo somos. A nosotros, a los de nuestra sangre, nadie nos pisa un pie y se queda

tan tranquilo. ¿Está de acuerdo con esto?

—¡Es que no le entiendo! —Casi gritó Diego Cubero.

—Pues vamos a llevarlo al terreno personal, a ver si así lo entiende de una vez. ¿Usted se dejaría insultar impunemente?

—¿Insultar…? Bueno, supongo que no.

—Supongamos que alguien le abofetea a usted en una mejilla. ¿Pondría usted la otra mejilla para que se la abofeteasen también?

Diego Cubero miró un instante de reojo a su esposa, y musitó:

—Me parece que no.

—Pues ésa es la cuestión. Nos han dado un golpe en una mejilla, y nosotros, en lugar de poner la otra mejilla, lo que vamos a hacer es devolver el golpe con mucha más fuerza del que hemos recibido. Y no hablemos más.

Carmona se dejó caer en un sillón, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno. Luego, se quedó mirando pensativamente el humo, mientras recordaba a la rubia francesa. ¡Vaya si estaba como un tren la cachonda, vaya que sí!

* * *

La rubia llegó hasta la entrada del Páramo. Sólo hasta la entrada del pueblo, pues allí la estaban esperando dos hombres, que se acercaron al coche tras abandonar la sombra de la higuera.

Ella abrió la puerta derecha. El bigotudo Simón alzó el asiento de aquel lado, y pasó a sentarse en el de atrás. Georgi Nurayev lo hizo delante, junto a la rubia, que se había vuelto para mirar al primero.

—El coche está allí. He podido ver la matrícula.

—En ése caso —masculló Simón—, puesto que tienen prisioneros a los Cubero, la cosa va a resultar más difícil.

—¿Y si ya los han matado? —musitó Nurayev.

Hubo un breve silencio en el interior del coche. Por fin, la rubia movió negativamente la cabeza.

—No lo creo. Les son de más utilidad vivos que muertos. Si algo ocurre, los Cubero pueden servirles de rehenes; en cambio, dos cadáveres en la casa, con este calor, sólo servirían para hacer imposible la permanencia ahí dentro. Otro detalle que me impulsa al convencimiento de que están en la casa los propietarios: el sujeto

que me ha atendido no me ha permitido entrar, ni para telefonear, ni para beber agua.

—Habría usted visto a los Cubero, claro… —asintió Simón—. Bien, ¿qué vamos a hacer?

—Ante todo, sacar de la casa a ese matrimonio.

—¿Y cómo? Si nuestras cuentas están bien, hay once hombres en la casa.

—Encontraremos una solución.

—¿Ha visto a Mosku? —murmuró Nurayev.

—No. El hombre con el que he hablado era casi bajo, y de ojos oscuros, no alto y con los ojos claros. Pero había alguien que me estuvo mirando desde una ventana; quizá fuese Mosku. ¿Qué camino tomo para volver a Nueva Sevilla, Simón?

—Lo mejor será que atraviese el pueblo, y siga hasta el cruce; por la derecha, llegaremos a la carretera Nueva Sevilla-Boca Chica. Ese camino ya lo conoce.

La rubia asintió, y dirigió el coche hacia el interior del blanco y silencioso pueblo, que casi parecía abandonado bajo el implacable sol. Lo cruzaron sin haber visto más de quince o veinte personas deslizándose siempre por las escasas zonas sombreadas. Poco después, rodaban por la carretera general. Y estaban ya muy cerca de la carretera Boca Chica-Nueva Sevilla cuando Carmen dijo:

—Necesitaremos las dos lanchas.

Nurayev la miró atentamente.

—¿Cree tener alguna solución?

—Sí. Abandonaremos Nueva Sevilla en las dos la» chas, río Iquitos abajo. Cuando lleguemos al mar…

Capítulo V

En la lancha de los agentes de la CIA, el bigotudo Simón asentía con la cabeza a las explicaciones de la rubia Carmen, que finalmente, preguntó:

—¿Seguro que lo ha entendido todo bien?

—Claro. Ellos sólo tienen una barca de pesca, y nosotros tenemos tres lanchas rápidas. En una estamos nosotros ahora. En la segunda, están Miguel y Vicente, con Simón y Simón. En la tercera, están los rusos que permanecen hace casi dos días en estas aguas vigilando la barca de pesca. De acuerdo a las instrucciones que han impartido usted y Nurayev, nadie hará nada, limitándonos a mantener el cerco en torno a la barca de pesca, hasta que usted haga las señales.

—¿Cuáles son las señales?

—Cinco puntos de luz en la playa, significarán que todo ha ido bien, que han rescatado a los. Cubero, y que podemos empezar a maniobrar para desembarcar y ocupar la casa, donde esos once hombres, igual que los Cubero, estarán dormidos. Dos veces cinco puntos de luz significarán que no han conseguido su objetivo, pero que han escapado, y que debemos permanecer inactivos. Tres veces cinco puntos de luz, significarán que su acción ha fracasado y que, además, los Cubero están muertos, en cuyo caso los hombres de las tres lanchas atacaremos la barca de pesca para capturar a los dos hombres que hay en ella y apoderarnos de las armas. Acto seguido, atacaremos la casa, o haremos frente a los hombres que desde ella lleguen a la playa dispuestos a embarcar en la barca de pesca.

—Perfecto —sonrió la rubia.

Se quitó la ropa allí mismo, quedando en un instante ataviada únicamente con los sujetadores y los pantaloncitos. Simón se quedó estupefacto, contemplando el hermoso cuerpo que parecía de seda y de oro, mientras Nurayev, desviando rápidamente la mirada del

espléndido espectáculo, procedió también a desnudarse, volviéndose de espaldas. Quedó completamente desnudo, se puso un *slip* y se volvió.

Simón sostenía con ambas manos una gran bolsa de plástico, abierta, y Carmen estaba colocando dentro sus ropas y calzado y luego hizo lo mismo con el maletín rojo con florecillas azules estampadas. Las ropas de Nurayev fueron a parar, también, a la bolsa de plástico, así cómo un par de toallas.

Carmen señaló hacia la puertecilla de acceso a la cubierta.

—Vamos ya.

—¿No se quita la peluca? —Intentó sonreír Nurayev—. Podría estropearse.

—No creo —le miró sonriente Carmen—; todo lo que yo uso es siempre de primera calidad, Georgi. O sea, cabellos naturales. Por otra parte, si la peluca se estropea, la tiraré y compraré otra.

El ruso señaló los ojos de la rubia.

—Sus ojos no son verdes, en realidad, ¿verdad?

—No se complique la vida. ¿Realmente tiene interés en conocerme bajo mi verdadero aspecto? ¿Qué conseguiría con ello: delatarme a la MVD?

—No creo que lo hiciese —murmuró Nurayev.

—De todos modos —sonrió amablemente la divina espía—, es mejor que no sepa cuál es mi verdadero aspecto, y así evitará las tentaciones de dictar mi rostro a sus dibujantes. ¿Está dispuesto?

—Sí.

Salieron los tres a cubierta, portando Simón la bolsa de plástico. La lancha estaba detenida, sin luz de situación alguna, a unos quinientos metros de la playa, que se veía perfectamente debido al resplandor lumínico de las ciudades de Boca Chica y Acecucho, que estaban prácticamente equidistantes de aquel lugar. No había luna, pero sí millones de estrellas refulgentes, de visión asombrosamente nítida. El rumor del agua era como un murmullo a los costados de la lancha.

—No veo ninguna otra embarcación —susurró Simón.

—Eso quiere decir que tampoco a nosotros deben vernos. No se descuide, sin embargó puede aparecer, en cualquier momento, una embarcación navegando con luces reglamentarias, o, lo que sería catastrófico, un guardacostas sanclarense. En ese caso…

—Ya sé todo eso —regruñó Simón—. Y nuestra parte es sencilla, en esa emergencia. Piensen en lo suyo, que es lo realmente difícil.

—Si todo sale bien, no lo creo —brillaron en la oscuridad los dientes de Carmen—. ¿Le emociona volver a la acción, Georgi?

—Un poco… —admitió el ruso—. Lo único que temo es no estar a la altura de las circunstancias. Hace cinco años que todo lo que hago es sentarme ante una mesa.

—Santo cielo…, ¿cómo puede soportarlo?

—Eso es lo que me he preguntado yo mismo miles de veces.

—Quizá encuentre la respuesta cuando menos lo espere. Bien, hasta luego, Simón.

—Amén —susurró el agente de la CIA.

La primera en descolgarse hasta el agua fue Carmen. Nurayev la siguió, igualmente silencioso, y fue quien se hizo cargo de la bolsa de plástico, que le tendió Simón. Para recorrer aquella distancia a braza, y en silencio, era mejor tomárselo con calma, y así lo hicieron. Invirtieron algo más de diez minutos, nadando separados por ocho o diez metros. Llegaron en posición horizontal hasta la misma orilla. De allí, en veloz carrera, se desplazaron hacia un grupo de rocas, tras las cuales habían algunos arbustos.

De la bolsa sacaron las toallas, con las que se secaron rápidamente, procediendo, acto seguido, a vestirse. Sólo se oía el rumor del mar, cuya tibieza tenía sorprendida todavía a Carmen. Miró a Nurayev, sonriendo.

—Le han robado la Luna, jardinero —dijo.

—No es tan fácil —sonrió también Nurayev—; simplemente, estamos en Luna nueva. Dentro de pocos días, volveremos a verla. Creo que para el día veinte tendremos Luna llena.

—Buen momento para emprender, allá, un viaje… para plantar un bonito jardín.

—No acaba de confiar en mí, ¿verdad?

Carmen, quedó silenciosa unos segundos, antes de musitar:

—Quisiera confiar plenamente en usted, Georgi, pero hay algo muy extraño en todo esto.

—Siento mucho no tener preparada una explicación más convincente que la que ya le di.

—No importa. Tarde o temprano, la verdad la conoceremos todos. Vamos hacia la casa.

Tardaron otros diez minutos en llegar a unos cien metros de la hacienda, en la cual se veía luz. Abandonaron el camino para adentrarse en el campo, recorriendo, así, otros cincuenta metros. Carmen se sentó en la tierra, abrió la bolsa y sacó el maletín, del cual extrajo su secador para el cabello…

—¿Necesita luz? —murmuró Nurayev.

—No. Hay suficiente con la de las estrellas y la casa.

—¿Siempre viaja con material de acción?

—Últimamente, sí. He tenido ya demasiadas sorpresas, e incluso disgustos, por no hacerlo.

En menos de un minuto, el tubo-fusil estuvo montado, con parte del secador de cabello a pilas, y los tubos de aluminio del pequeño trípode. De un tarro de crema facial, Baby extrajo el estuche con seis ampollas de gas narcótico, y lo deslizó en su escote. Cerró el maletín, y lo tendió a Nurayev.

—Llévelo usted, por favor. Ahora, tenemos que encontrar alguna ventana abierta. Acerquémonos más. ¿Quiere mi pistola?

En la penumbra, sus miradas parecieron chocar. Georgi Nurayev, que últimamente no llevaba nunca armas, ni siquiera había sugerido hasta entonces la conveniencia de hacerlo en esta ocasión, aceptando el plan de Baby de narcotizar a todos los ocupantes de la casa. Si esto salía bien, las armas eran innecesarias. Si salía mal, tendrían que correr tanto hacia la playa, llevando tras ellos una jauría de once hombres, que no valía la pena molestarse. Y el ruso, en definitiva, fue consecuente con su línea general de conducta.

—No.

—De acuerdo. Creo que lo mejor será que ataquemos frontalmente, por el patio. Allí dan muchas ventanas, y estoy segura de que casi todas estarán abiertas.

Arrastrándose, llegaron a la entrada al patio del pequeño edificio. Dos minutos después, estaban dentro. Y ahora sí había sombra, a la derecha. Pero, desde allí, los blancos arcos del porche ocultaban, en diagonal, las ventanas.

—No se mueva de aquí —susurró Carmen.

Se deslizó hacia el centro del patio. En efecto, habían dos ventanas abiertas, iluminadas. Dentro de la casa se oían voces, en tono medio, tranquilas. Baby se detuvo justo en el centro del patio,

dejó el tubo-fusil a un lado y metió dos deditos en el escote, pinzando entre ellos el estuche de ampollas de gas.

Lo estaba sacando cuando todo se estropeó.

Fatalidad, coincidencia, simple mala suerte…

La puerta de la casa se abrió de pronto, y por ella brotó un gran rectángulo de luz hacia el centro del patio, recortando en el umbral la silueta de un hombre, que decía:

—Bueno, venga ya. Estamos perdiendo…

El hombre lanzó una exclamación, acto seguido. Había dado dos pasos en el porche, y de pronto se detuvo, tan en seco, que casi perdió el equilibrio hacia delante, todo esto sin dejar de mirar «aquello» que había en el suelo, en el centro del patio…

—¡Eh, eh! —gritó—. ¡Hay alguien en el patio!

Mientras gritaba esto, sacaba su pistola, apuntándola inmediatamente hacia «aquello» que se movía.

¡Pack!, restalló el disparo en la quietud de la noche.

En ese mismo instante, Baby, que había visto el brillo del arma; giraba velozmente hacia la derecha, soltando el estuche de ampollas y rodando por encima del tubo-fusil, mientras la bala rebotaba con agudo tañido, partiendo con un trémolo metálico hacia las estrellas.

En el momento en que Carmen se ponía en pie, dos hombres más aparecían en el porche, pistola en mano, y el otro saltaba al patio, apuntando de nuevo a la sombra de tono dorado.

¡Pack!

La sombra se había movido de nuevo, y la bala se perdió hacia un lado del patio. Cuando sonó el tercer disparo, la sombra, que corría hacia la salida, lanzó un grito, y cayó de bruces. Justo entonces se encendían dos artísticos faroles de hierro forjado en el patio, y a su luz se vio a la mujer cayendo al suelo y al hombre que se ponía en pie, pegado a una de las tapias del patio.

—¡Allí hay otro! —gritó una voz.

—¡Atrapadlos vivos!

Al oír esto, Georgi Nurayev echó a correr hacia Baby, que se estaba incorporando con visible dificultad. Pero, en el camino del agente ruso se cruzaron dos hombres, mientras el otro corría hacia Baby…, y varios hombres más aparecían, a todo correr, en el patio.

La mayoría de ellos se dirigieron hacia Nurayev, considerándolo más peligroso, por lógica. Pero mientras tanto, algo ocurrió que

suscitó no pocas dudas al respecto en los hombres que corrían hacia la mujer. Su compañero adelantado, el que había fallado por dos veces sus disparos contra la mujer, llegaba junto a ésta, y alzaba la pistola, adelantándola hacia su pecho.

—¡Quieta, o te…!

El primer manotazo hizo saltar el arma del hombre por el aire, y el segundo le acertó de lleno en el centro de la nariz; fue un hachazo tan contundente, propinado con el canto de Ja mano por Carmen, que el hombre saltó hacia atrás lanzando un berrido, roto el hueso. Cayó con seco crujido, intentó incorporarse, bizqueó, y cayó de espaldas, sin sentido, mientras la mujer rubia gritaba:

—¡No estamos armados, no disparen!

Justo en ese momento, Georgi Nurayev recibía un culatazo en lo alto de la cabeza que lo derrumbó fulminado, como muerto. Simultáneamente, los hombres que habían corrido hacia Carmen se detenían, y la apuntaban con sus pistolas.

—¡Levante los brazos! —gritó uno—. ¡Y vuélvase de espaldas!

—No perdamos tiempo —dijo otro—. ¡Pueden haber más! ¡Vamos a guarecernos en la casa, por si disparan!

—Estamos solos —dijo Carmen—. Y no llevamos armas…

El hombre se acercó, y le pasó rápidamente las manos por el cuerpo, recorriéndolo de arriba abajo, con grosera eficacia.

—Camine hacia la casa. ¡Vamos, vamos!

Carmen se dirigió hacia allí, mirando a Georgi Nurayev, que era transportado a toda prisa por dos hombres. Otro estaba recogiendo la pistola de su compañero desvanecido, y dos más se hacían cargo de éste, llevándolo también hacia la casa, mientras otro veía el maletín y se apoderaba de él…

Nada más entrar en la casa, la rubia Carmen casi se dio de narices con Carmona, que se detuvo en seco, pistola en mano, y se quedó completamente estupefacto, aturdido, como aniquilado. Junto a él, un hombre alto, de espesas cejas, ojos claros, expresión adusta, dijo fríamente:

—¿No es ésta la francesa, Carmona?

Ella miró al atlético sujeto y sonrió secamente.

—¡Hola, Mosku! —saludó, en ruso.

Los grandes ojos grises del agente soviético se entornaron; tanto, que los párpados abarcaron toda la superficie, ocultándolos. Una luz

fría, un simple rayito de tono gris, parecía querer atravesar a Carmen. De pronto, Mosku se volvió hacia donde habían dejado caer a Nurayev. Los músculos de su cuello se tensaron un instante. Luego, recobrando de pronto su aspecto tranquilo, Mosku fue a acuclillarse junto a Nurayev, cuyo rostro estuvo examinando unos segundos. Dejó de examinarlo para mirar a Carmona, que ya recobrado del pasmo, adelantaba hacia Carmen, farfullando:

—Asquerosa puerca… ¡Yo te…!

—Déjela, Carmona… —ordenó Mosku—. Si conviene, la dejaré en sus manos más adelante. Ahora, tome seis hombres y den una batida por el exterior; quiero estar seguro de que han venido solos. Y tengan cuidado.

Carmona refunfuñó algo más, pero se dispuso a obedecer. Mosku desvió la mirada de él, y, al bajarla, la deslizó por las piernas de Carmen; se quedó mirando la derecha, por la cual se deslizaba una fina raya roja, brillante, que se ramificaba al llegar al pie.

—¿Está herida? —preguntó en español.

—Sí.

Mosku se incorporó, hizo una seña a uno de los hombres que apuntaban a Carmen con su pistola, y el hombre se acercó. Estuvo unos segundos escuchando los cuchicheos de Mosku, asintió y fue al comedor-salita. De allí salió a los pocos segundos, como empujando a Diego y Dolores Cubero; ésta se dio cuenta de la sangre que se deslizaba por la pierna de la hermosa rubia, y sus ojos se abrieron mucho… El hombre la empujó, casi amablemente, obligándola a seguir caminando hacia la zona de la casa destinada a dormitorios. Mosku los vio desaparecer por allí, asintió y volvió a mirar a Carmen. De pronto miró a uno de los hombres.

—Salid a ver qué hace Carmona. Si todo está bien, acercaros algunos de vosotros a la barca, a ver si todo está bien también allí. Usted —volvió a mirar a Carmen—, entre ahí.

Carmen entró en el comedor-salita, y se volvió. En la puerta, Mosku la miraba fijamente.

—¿Te han enviado con Nurayev? —musitó en ruso.

—Sí —asintió ella.

Mosku frunció el ceño. Estaba perplejo, evidentemente.

—¿Quién eres?

—Irina Petrovna Ruzanov.

Mosku se pasó una mano por la barbilla. Sí, estaba perplejo. Y preocupado. Lo cual tenía cierta lógica. Carmen lo miraba con atención, intentando adivinar lo que pensaba. Pero Mosku era un hombre impenetrable. De menos de cuarenta años, atlético, impresionantemente atractivo, pero hermético como una piedra.

—¿Os han rastreado los americanos? —preguntó, de pronto.

—Me temo que sí, camarada Mosku.

—¿Por qué me llamas así?

—Es el nombre que te han asignado en esta operación.

—Ya. ¿Has hecho el viaje con Nurayev? ¿Y los americanos os han rastreado?

—Ya te he dicho que sí.

—¿Crees que saben algo de todo esto?

—Es posible que sepan algo. Y lo seguro es que muy pronto atarán cabos sueltos. Precisamente, Georgi y yo queríamos solucionar las cosas antes de que los americanos decidiesen intervenir directamente.

—¿Y qué solución habíais pensado?

—Íbamos a disparar unas ampollas de gas narcótico por las ventanas. Luego, te habríamos recogido a ti y te habríamos puesto en vía a. Moscú.

—¿Esas eran vuestras órdenes? —sonrió de pronto Mosku.

—Sí. En el Directorio quieren saber qué es lo que te ha impulsado a traicionarnos, qué es lo que estás tramando.

—¿De manera que así están las cosas?

—Naturalmente —alzó las cejas la flamante Irina Petrovna Ruzanov.

Mosku volvió a pasarse la mano por la barbilla, y estuvo así un par de minutos, profundamente pensativo. Por fin asintió con la cabeza, y se acercó a la rubia. Su gesto, su expresión, era la de quien se disponía a seguir la conversación. Pero, de pronto, disparó su puño derecho. El brutal impacto acertó a Irina Petrovna en el estómago, de lleno. Ella emitió un gemido entrecortado, y se inclinó hacia delante, desencajado el rostro, agónica la expresión de sus ojos, de uno de los cuales saltó la lentilla de contacto de color verde.

Mosku ni siquiera se dio cuenta de esto. Volvió a golpear a su «camarada», ahora en la punta de la barbilla. Irina puso los ojos en

blanco mientras se desplomaba de lado. Quedó inerte en el suelo, de lado, precisamente de modo que el auténtico color azul de su ojo derecho no pudo ser visto por Mosku.

—Todo esto es una porquería —musitó Mosku.

Salió del comedor-salita, para regresar segundos después arrastrando a Georgi Nurayev por los pies. Lo dejó junto a la rubia, y salió de nuevo, para regresar ahora con el maletín que había tenido en sus manos Nurayev. Lo puso sobre la mesita de centro, lo abrió y se quedó mirando asombrado su contenido…, hasta que cayó en la cuenta de que el maletín debía ser de Irina, no de Nurayev.

Del maletín sacó el rollo de esparadrapo de color carne; cortó una larga tira, y selló, con ella; la boca a Nurayev. Luego, hizo lo mismo con Irina Petrovna. Finalmente, se quedó contemplándolos a los dos, desvanecidos y amordazados.

Afuera se oyeron pasos. Se volvió velozmente, llevando la mano derecha al sobaco izquierdo. Carmona apareció, vio su gesto y sonrió hoscamente.

—Soy yo. Parece que han venido solos; ahí fuera no hay nada que pueda inquietarnos.

Una vez más, Mosku asintió con un gesto y se volvió a mirar a Irina y Nurayev. Estaba, en verdad, perplejo. Nurayev, todos lo sabían en la MVD, era el Jardinero de la Luna, el chiflado que todo quería arreglarlo por las buenas. Pero… ¿y ella? ¿Quién era, realmente, ella? ¿Estaba tan chiflada como Nurayev? ¿Era… la Jardinera de la Luna?

Todavía estaba Mosku reflexionando cuando regresaron los hombres que habían ido a la playa.

—Todo está bien allá —dijo uno de ellos—. Hemos hecho la señal, y desde la barca nos han contestado de acuerdo a lo convenido.

Mosku se quedó mirando un punto perdido. Para él, todo aquello era increíble. Hasta cierto, punto, claro. Conociendo la personalidad de Georgi Nurayev, la cosa tenía explicación. Pero… ¿hasta ese punto llegaba su afán de bondad?

—Id a buscar a los Cubero. Y cargad con estos dos; ya no podemos esperar más tiempo.

* * *

En la lancha, el bigotudo Simón tenía dos ocupaciones a cual más importante. Una de ellas, era reflexionar. La otra, ir mirando, cada vez con más frecuencia, su reloj de esfera luminosa. Unos diez minutos antes, había visto una luz en la playa, y sus ojos habían quedado fijos en ella, expresando esperanza y alivio. Pero la señal que había visto no fue la convenida. No fueron cinco puntos de luz, sino siete. Tres puntos, dos puntos, un punto, un punto. Siete, no cinco.

Casi en seguida, a cierta distancia de donde él estaba esperando, flotando a merced del suavísimo oleaje, vio otros puntos de luz, desde luego en el mar. Tres puntos, dos, uno, uno. Era una señal idéntica a la que había llegado desde la playa.

Siete puntos. Desde luego, quien había hecho aquellas señales no era Baby. ¿Qué había ocurrido?

Había sacado la radio de bolsillo, apretando el botoncito de llamada.

—¿Sí?

—Bill, ¿has visto esa señal?

—Claro. No era de ella, desde luego. Pero tú eres quien la ha dejado cerca de la playa. ¿Ha tenido tiempo de ir y volver a hacer la señal?

—Yo diría que sí… Temo que algo ha ocurrido, Bill.

—Vamos a esperar unos minutos. Y tranquilízate, a Baby no se la engaña fácilmente.

—Está bien. Esperaremos quince minutos. Ni uno más.

Y no había hecho falta esperar más. Aún no había transcurrido el cuarto de hora cuando en la playa volvió a ver aquella señal de luces: tres puntos, dos, uno, uno. Esta vez no contestaron desde el mar. Pero, un par de minutos más tarde, Simón-Bigotes se dio cuenta de que una forma oscura se estaba acercando a la playa, procedente de mar adentro. Tras breve vacilación, Simón empuñó uno de los ligeros canaletes de plástico y comenzó a impulsar la lancha hacia la orilla. Recorrió así quizá ciento cincuenta metros. La forma oscura se había concretado para entonces a sus ojos: era una barca de pesca, de unos diez o doce metros de eslora. Lanzando una imprecación, Simón dejó el canalete y buscó unos prismáticos en el

tablier. Los enfocó hacia la playa y, en seguida, lanzó una maldición en verdad horrenda:

—¡…!

Estuvo así, inmóvil, dos o tres minutos. Pudo ver cómo la barca de pesca retrocedía mar adentro, girando, dando popa hacia el este. Dejó los prismáticos, y recurrió de nuevo, nerviosamente, a la radio de bolsillo.

—¡Bill! —aulló—. ¡Se van en la barca de pesca! ¡Tienen a Baby; se la llevan en esa barca…!

—¿Qué ha pasado?

—¿Y yo qué demonios sé? ¡Se la llevan, es todo lo que puedo decirte! ¡Tenemos que hacer algo!

—De acuerdo —se oyó la tensa voz de Bill-Simón—. ¿Qué es lo qué tú sugieres que hagamos?

Capítulo VI

Hacía pocos minutos que la barca de pesca navegaba mar adentro cuando Carmen abrió los ojos. Lo primero que vio fue la cabeza de Georgi Nurayev, muy cerca de ella. Estaba tendido sobre un piso de tablas, cara arriba. Y por el lado de la cara que ella veía, unas estrías de sangre seca dibujaban, una fea cicatriz en el rostro del espía ruso, cuya boca estaba sellada con esparadrapo color carne.

Un esparadrapo que Baby reconoció en seguida como de su propiedad. No tardó ni un segundo en darse cuenta de que también ella estaba amordazada, y tendida en el suelo junto a Nurayev. Además, tenía las manos atadas a la espalda. Y al parecer, lo mismo sucedía con Nurayev. Otro segundo más tarde, la situación estaba bien clara para la espía internacional: estaban en una embarcación en marcha, atados con tiras de esparadrapo y amordazados.

Le dolía la barbilla, pero aún fue peor cuando se movió, pues notó el intenso dolor en el vientre. El golpe de Mosku la había pillado desprevenida; no le había dado tiempo a tensar los músculos abdominales, como solía hacer, de modo que no había podido amortiguar, en lo más mínimo, los efectos del golpe…

Consiguió sentarse, y entonces vio a los Cubero.

Estaban sentados en el suelo, cerca de ella y Nurayev, mirándoles con expresión entre pasmada y horrorizada. Ellos no estaban ni atados ni amordazados.

Al volver la cabeza hacia la puerta del habitáculo del pesquero, vio a uno de los hombres de Mosku, sentado en el borde de la litera inferior de un grupo de tres. Tenía una pistola en la mano derecha, y la miraba con fijeza, ceñudamente.

Tap-tap-tap-tap-tap, se oía el motor del pesquero. Carmen bajó la mirada hacia sus piernas. En la derecha se veía el hilo de sangre, también seca, que al llegar al pie se ramificaba, formando como un caprichoso dibujo. Hacía mucho tiempo que no era alcanzada por

una bala. Recordó el suave impacto que había sentido, mientras corría, y su caída de bruces en el patio. Con cuidado, movió la pierna herida, y comprobó que no podía ser gran cosa; seguramente, la bala la había rozado solamente, o, como máximo, había atravesado la carne como en un pequeño pellizco. Poca cosa, en definitiva. Simplemente, los cirujanos plásticos de la CIA tendrían que remendarla una vez más…, contando con que saliese de aquella situación, claro.

Volvió a mirar a los Cubero. ¡Pobre gente, qué asustados estaban…! Más que asustados, aterrados.

El vigilante se puso en pie, se acercó a ellos y miró a Nurayev. Se acuclilló a su lado y le alzó un párpado. Estaba tan cerca de Carmen, que ésta podía haberlo atacado… Con un simple giro de cintura, podía lanzar su pierna derecha con la suficiente fuerza para que el pie golpease al hombre en la sien, dejándolo sin conocimiento, incluso matándolo, quizá, pese a utilizar la pierna herida. Pero entonces, ¿qué? Estando atada poca cosa más podría hacer. Por otra parte, no podía hablar, así que no habría podido dar instrucciones a los Cubero, quienes, por otra parte, parecían contemplarla con horror, como si ella fuese poco menos que un monstruo. Es decir, que no estaba ni mucho menos segura de que la ayudasen…

El vigilante se puso en pie, y regresó a sentarse en la litera.

Tap-tap-tap-tap-tap…

Carmen calculó que no debía hacer mucho que navegaban. Un puñetazo en el estómago, y otro en la barbilla, no podían haberla tenido sin sentido más de quince o veinte minutos. Seguramente, menos aún de ese tiempo. Es decir, que Mosku la había golpeado y, en seguida, todos habían abordado el pesquero.

¿Se habría dado cuenta Simón? Seguramente, sí. Y en este caso…, ¿qué haría, cuál sería su decisión sabiendo que Baby había sido apresada por Mosku y la docena de sanclarenses? Era la única situación que, ella, no había tenido en cuenta y, por lo tanto, Simón no tenía instrucciones al respecto.

Carmen cerró los ojos. Si Simón atacaba, era muy probable que lo primero que hiciese Mosku fuese matarla a ella, a Nurayev, y a los Cubero. Aunque… ¿realmente a los Cubero? Éstos no estaban atados ni amordazados. ¿Por qué? ¿Porque no los consideraban

peligrosos, o porque ella se había equivocado, y resultaba que los Cubero formaban parte del grupo?

Los volvió a mirar. No. No formaban parte de aquel grupo. Si así fuese, no estarían aterrados. Sencillamente, a los Cubero los estaban tratando bien.

Oyó el quejido, y volvió la cabeza hacia Nurayev. El Jardinero de la Luna había abierto los ojos, y contemplaba con atónita fijeza el techo. De pronto parpadeó, y movió la cabeza. Mirada de comprensión y pesar fue la que Carmen captó en las pupilas del ruso, y como respuesta encogió los hombros. Mala suerte. ¿Cómo podían saber ellos que precisamente en el momento en que se disponían a atacar, Mosku y sus hombres se disponían a abandonar la hacienda para embarcar en el pesquero? Simple mala suerte.

Nurayev se sentó también, ya impuesto de la situación, y miró a los Cubero y al vigilante. Esté, que le había estado mirando con gran atención, se puso de nuevo en pie, se acercó a la abertura que comunicaba con cubierta, y lanzó un silbido.

A los pocos segundos, entraron Carmona y Mosku, cuando ya el hombre había vuelto a la litera; desde allí, señalando a Georgi Nurayev, dijo:

—Acaba de despertar.

—Muy bien, Rodríguez, sí —asintió Carmona; se acercó a los Cubero, mirándolos no ya amablemente, sino incluso con afecto—. ¿Están ustedes bien? Señora, ¿está bien?

Lolita Cubero asintió con la cabeza, evidentemente tranquilizada, y fue entonces cuando Carmen comprendió que el terror de los Cubero no era debido a Mosku, sino a ella y a Nurayev. Quedó atónita, mientras Carmona seguía hablando:

—Pronto terminará esto para ustedes, se lo aseguro. Comprendan que no podíamos dejarlos en la casa si temíamos que hubiesen más espías rusos por allí. Aquí están a salvo. Y cuando todo termine, serán, llevados directamente, a Boca Chica. O quizá sería mejor que los desembarcásemos en Torre del Caobo, para que regresasen a su hacienda. Así no tendrían que dar explicaciones a nadie.

—No sé qué explicaciones, podríamos dar, si nada sabemos —murmuró Diego Cubero.

Carmona vaciló y miró a Mosku, que asintió con un gesto.

—Bien… —sonrió Carmona—. Seguramente me han oído dirigirme a este hombre como «señor Palacios». ¿Cierto?

—Sí… Sí, claro.

—No se llama así en realidad, pero sí es sanclarano. El señor Palacios es un agente de la Oficina Nacional de Seguridad sanclarense, que ha estado mucho tiempo inactivo, simplemente enviando informes a Santa Clara capital sobre los acontecimientos más o menos importantes que afectan a Santa Clara. Últimamente, debido a las reivindicaciones que un determinado país fronterizo pretende sobre una porción del territorio sanclarense, el señor Palacios ha estado muy ocupado, viajando por todo el país reivindicador. Hasta el punto de que las cosas se le pusieron bastante difíciles, pues se hizo ver demasiado. Entonces, tuvo que escapar de ese país y regresar a Santa Clara. Aquí, la ONS le ha encomendado una misión que debemos realizar con cierta discreción. Sólo con cierta discreción, no demasiada: queremos que no se pueda acusar directamente a Santa Clara, pero sí que «sepan» que el golpe viene de nosotros, los sanclaranos. ¿Comprende?

—Bueno, no sé… ¿Qué golpe?

—Le supongo a usted enterado de que hace unos días algunos ciudadanos de cierta nación vecina atacaron y quemaron la Embajada sanclarense en su país.

—Sí, sí…

—Pues, señor Cubero, les vamos a devolver el golpe; a nosotros nadie nos pisa un callo sin obtener inmediata respuesta.

—¿Quiere decir que…, que piensan hacer… algo malo en ese país?

—¿Malo? —Frunció el ceño Carmona—. Vamos, vamos, señor Cubero… ¿Es usted o no es usted sanclarense?

—¡Claro que sí! Pero…

—Aguarde. Hace días que estamos vigilando a una barca de pesca de aquella nacionalidad. Su nombre es Delfín, y sabemos ahora cuál es exactamente su zona de pesca. Ahora, estamos yendo a su encuentro. Si no hay novedad, en esa barca hay cinco hombres nada más. Nosotros somos trece, y tenemos en esta barca gran cantidad de armas. Lo primero que haremos será engañar a los de la Delfín simulando que tenemos una avería. Cuando alguno de ellos venga a bordo, lo apresaremos; luego, apresaremos a los demás.

Entonces pasaremos a la Delfín todas nuestras armas. Ustedes se quedarán aquí, con Rodríguez —señaló al vigilante—, y con los pescadores de la Delfín, éstos bien amarrados, para que no puedan crear complicaciones. Y nosotros, en la Delfín, navegaremos hacia nuestro objetivo. Si todo sale bien, cuando hayamos hecho nuestro trabajo podremos escapar, cada uno por su lado, saltando a la bahía y abandonando la Delfín, para regresar por separado, como Dios nos de a entender, a Santa Clara. Si algo saliese mal, y nos capturasen a algunos de nosotros, los pescadores de la Delfín serían utilizados como rehenes, a fin de hacer un canje de ellos por nosotros. ¿Lo ha entendido bien ahora?

—Sí, señor, pero… ¿qué trabajo es el que… piensan hacer ustedes en esa nación?

Carmona volvió a mirar a Mosku, vacilante. También el señor Palacios vaciló visiblemente, pero acabó por encoger los hombros, y tomó la palabra:

—¿Por qué no decírselo? A fin de cuentas, son sanclaranos, como nosotros. Los hemos asustado, hemos estado utilizando su casa aprovechando que su ubicación era ideal para nuestros preparativos… Pero, por encima de todo, son sanclaranos, y estamos seguros de que serán discretos. Incluso estamos seguros de que aprobarán estas órdenes de la Oficina Nacional de Seguridad. Señora Cubero, señor Cubero, nuestro grupo se dirige a la capital de ese país para bombardearla. ¿Conocen esa ciudad?

Los Cubero habían palidecido y enmudecido de espanto. Pero no menos habían palidecido Baby y Nurayev, que contemplaban con expresión desorbitada a Mosku. En aquel mismo instante, Baby comprendió por qué Nurayev y ella habían sido amordazados: para que no pudiesen decir una sola palabra que hiciese dudar a los Cubero de lo que estaban oyendo. Y lo que estaban oyendo era una formidable sarta de mentiras. De ninguna manera Santa Clara tenía nada que ver con aquello. Eso, en primer lugar. En segundo lugar, parecía evidente que tampoco la MVD había dado tales órdenes a Mosku, el cual, abandonando su servicio en Boca Chica, estaba dirigiendo aquella operación por su cuenta. ¿Por su cuenta? Esto era absurdo… Alguien estaba pagando aquella operación. Y si no era Santa Clara, ni era la URSS…, ¿quién era? ¿Qué país o servicio secreto estaba financiando y dirigiendo al agente soviético Mosku?

¿Qué pretendían…?

—¿Bombardear esa capital? —jadeó por fin Diego Cubero—. ¡Por el amor de Dios, eso significaría la guerra, señor Palacios!

—No creo que la cosa llegue a tanto. Nuestras órdenes son bombardear con morteros todo el centro comercial.

—Dios mío… —Parecía a punto de desmayarse la señora Cubero—. ¡Dios mío! ¡Virgen Maya, ampáranos…!

—No pueden hacer eso… —tartamudeó Diego Cubero—. ¡No deben hacerlo, señor Palacios! ¡Significaría la guerra!

—No creo que ocurra eso. Pero si ocurre, peor para ellos; los aplastaríamos.

—Pero esto podría…, podría desencadenar, un…, un conflicto bélico de alcance imprevisible…

—Me temo, señor Cubero —frunció el ceño Palacios—, que he sido demasiado amable con usted. Su actitud me hace temer que no será todo lo discreto que nos conviene. Por lo tanto, cuando los desembarquemos, pasarán a manos de personal calificado de la ONS… que, sin duda, sabrá manejarlos mejor que yo.

—¿Quiere decir que la policía nos detendrá?

—¡Claro que no, por favor! Solamente quedarán ustedes en compañía de personas que sabrán mentalizarles mejor que yo respecto a las actitudes que debe tomar Santa Clara cuando es injustamente agredida, o insultada. Bien, ustedes nos perdonarán, pero tenemos que hacer muchos preparativos para…

—¿Y ellos? —señaló Diego Cubero a Carmen y a Nurayev—. ¿Quiénes son ellos, qué tienen que ver con esto?

—¿Ellos? —Palacios se acercó a Nurayev, y le aplicó un puntapié en el costado, más despectivo que doloroso—. Son agentes comunistas, señor Cubero. Rusos, ¿comprende? Sus nombres son Georgi Nurayev e Irina Petrovna Ruzanov. Es evidente que el Directorio de espionaje, soviético, por medio de sus hombres destinados en Santa Clara, ha conseguido saber algo de todo esto, y ha movilizado a su personal residente en nuestra patria para intentar impedir este golpe de réplica. Los rusos no sólo tienen ahora intereses en ese país enemigo, más claros que nunca, sino que no quisieran verse obligados a intervenir digamos de un modo… diáfano. Por eso tienen interés en evitar esto. Pero, como ve, tenemos a sus dirigentes expresamente desplazados desde Moscú, y

nadie va a impedirnos dar un buen susto a esos ciudadanos rivales.

—Pero… ¿qué harán con…, con estas dos personas?

—Los mataremos, naturalmente.

Lolita Cubero emitió un grito de horror, y ocultó el rostro entre sus manos, mientras su marido, palidísimo, quedaba sin habla.

—Creo que deberíamos volver a cubierta —dijo Carmona.

Salieron los dos, tras hacer Carmona una seña a Rodríguez indicando bien claramente que no perdiese de vista a los prisioneros rusos.

En cuanto a éstos, se estaban mirando. Ya no mostraban una expresión desorbitada, ni hacían esfuerzos por hablar. Simplemente, se miraban. Y con aquella mirada, no necesitaban hablar; tanto Georgi Nurayev como Baby Montfort habían comprendido perfectamente la jugada. Sí, alguien quería provocar la guerra entre los dos países, y para ello había utilizado a Mosku, un hábil agente de la MVD que había abandonado su puesto en Boca Chica para dirigir todo aquello, sin duda tentado por una magnífica recompensa. ¿Cien mil dólares? ¿Quinientos mil? ¿Un millón? Fuera la cantidad que fuese, no era Santa Clara quien la pagaba. Ni Rusia. Entonces, ¿quién? ¿Quién? ¿Quién?

Quienquiera que fuese, tenía que saber que aquella acción de un supuesto comando sanclarano podía desencadenar violentas hostilidades entre esos países. A partir de ese momento, podía ocurrir cualquier cosa en toda Centroamérica, en todo el mundo…

En cuanto a Carmona, a Rodríguez, a todos los hombres que el falso Palacios había reclutado en el sur de Santa Clara, exigiéndoles silencio en aras a un patriotismo pésimamente entendido, sólo se podía pensar de ellos que eran simples marionetas. Marionetas muy bien elegidas: mentalidades simples, ingenuas, fáciles de manipular, sobre todo si se apelaba a su patriotismo. Pero eran sólo ingenuas marionetas en manos del expertísimo espía Mosku, el cual, a su vez, era dirigido por… ¿Por quién? ¿Quién? ¿Quién, quién, quién…?

La mirada de Carmen, verde un ojo, azul otro, de lo que nadie parecía haberse dado cuenta todavía, sin duda gracias a la escasa iluminación del habitáculo del pesquero, fue hacia Rodríguez, que permanecía sentado en la litera, con aspecto satisfecho. ¡Pobre hombre…! ¡Qué fáciles de mentalizar resultan algunas personas…! Claro, les habrían ofrecido algo de dinero: cien, doscientos,

trescientos mil pesos sanclaranos… ¡Y la revancha patriótica! Pero si las cosas…

—¿Por qué me mira así? —Gruñó Rodríguez.

Brigitte Montfort, alias Baby, alias Carmen, alias Irina Petrovna Ruzanov, bajó la mirada, dejándola fija en la delgada costra de sangre que parecía dividir en dos, longitudinalmente, su pierna derecha. La mordaza estaba justificadísima, Mosku sabía jugar a aquel juego. Ni siquiera le importaba que dos rusos fuesen inmolados oscuramente, arrojados sus cadáveres al mar. Convencido de que Baby era la rusa Irina Petrovna, pensaba matarla, igual que al Jardinero de la Luna…

«¡Por Dios!… —pensó Baby, angustiada—. ¡No es posible que esos planes se realicen, tengo que pensar algo, hacer algo…!».

Capítulo VII

De pronto, dejó de oírse el petardeo del motor del pesquero. Después de aquellas horas de tap-tap-tap-tap, el súbito silencio los sorprendió y agitó a todos. Rodríguez fue hacia la puerta, se asomó tras subir unos cuantos escalones, y volvió abajo…, sin dar tiempo a Carmen para iniciar su ataque.

Durante aquellas horas, Carmen había conseguido encontrar un saliente de madera en el casco, casi a ras de suelo. La operación de conseguir deshilachar el borde de la ancha tira de esparadrapo no había sido fácil, pues Rodríguez no los perdía de vista, y ella había, tenido que aparentar naturalidad, no evidenciar su esfuerzo, su tensión… Pero, finalmente, había conseguido aquel pequeño destrozo en el borde de la tira de esparadrapo; pequeño, pero suficiente para que la tira, una vez empezada a rasgarse, lo hiciese del todo si ella podía dar un tirón lo bastante fuerte…

—Ahí tenemos al pesquero, al. Delfín —dijo, muy sonriente, Rodríguez—. ¡Les espera una buena!

Arriba se oían voces, y Baby distinguió algunas palabras. El encuentro en el mar no parecía estar presidido por la amabilidad, pero era poco probable que un pescador se negase a prestar su ayuda a otro…

—Los engañarán como a chinos —rió Rodríguez.

Carmen le dirigió una mirada de curiosidad. ¿A cuántos chinos habría conocido Rodríguez en su vida? Seguramente, a ninguno, porque, de haber sido así, ya se habría enterado que lo de engañar a un chino no es precisamente una tarea fácil…, a menos que al chino le convenga, por el momento, dejarse engañar…

Arriba sonó una voz más fuerte, tensa, en español. Se oyó un grito de dolor…

Restallaron unos disparos, mezclados con más gritos de dolor y de sobresalto. Más voces en español. A los pocos segundos, el casco

retembló con fuerza, y Carmen comprendió que habían entrado en contacto con el pesquero. Ahora se oían gritos estentóreos, órdenes. En la corta escalera de peldaños de madera resonaron pasos precipitados… La puerta acabó de abrirse de golpe, y un hombre apareció; trastabillando, hasta caer de bruces.

La mirada de Carmen fue de este hombre, que llevaba un jersey a rayas horizontales y encima un grueso chaquetón, hacia la puerta de nuevo. A empujones fueron introducidos en el habitáculo cuatro hombres más, casi cayendo todos. Uno de ellos tenía la frente llena de sangre, y otro se apoyaba en un compañero, sosteniéndose ambos en pie como buenamente podían.

Por detrás de ellos aparecieron Carmona, Palacios y algunos hombres más, todos empuñando pistolas.

—¡Gómez! —llamó Carmona—. ¿Dónde estás?

—Estoy aquí —se acercó más el sicario.

—No perdamos más tiempo —masculló Carmona—, y encárgate de esta gente; diles que se vuelvan todos de espaldas para que podamos atarles las manos.

Gómez les dio una orden. Pero los apresados no se volvieron de espaldas, sino que uno de ellos se enzarzó en una velocísima y agitada discusión con Gómez, que acabó por asentir, volviéndose hacia Palacios.

—Ellos dicen que…

—No nos importa lo que digan —cortó Mosku—. Diles que se vuelvan, eso es todo.

—Bueno, señor Palacios, sólo quieren que curemos a los dos que hemos herido.

—Diles que primero los vamos a atar, y que luego los curaremos. Asegúrales que no tenemos intención de perjudicarles seriamente, ya que los podríamos necesitar si nos atrapaban en su maldita capital. Y no quiero más discusiones.

Gómez asintió, y se encaró de nuevo con los pescadores portugueses. Baby oyó cómo Gómez estaba dando instrucciones claras y tajantes, pero tranquilizadoras para los pescadores, que comprendieron muy bien lo de que, además de quitarles la barca, los iban a retener como rehenes, pero sin intenciones de perjudicarlos de un modo definitivo.

Por fin, todos se volvieron de espaldas. Baby miró a uno, cuya

pierna izquierda parecía rebozada en sangre, de rodilla para abajo. Uno de los sanclareños llegó en aquel momento, con un gran montón de cuerdas. Mosku se adelantó.

—Déjalas ahí —señaló el suelo—. Yo mismo los amarraré. Que se queden conmigo Carmona, Gómez y Rodríguez. Los demás subid a ayudar a pasar todo el material a la Delfín. ¡Vamos, de prisa, o no podremos llegar a nuestro objetivo antes de que amanezca!

—Yo creo —movió la cabeza Carmona— que, de todos modos, ya no vamos a llegar a tiempo, señor Palacios.

—Me dijiste que la Delfín era una barca veloz, y que por eso teníamos que engañarlos en lugar de atacarlos abiertamente, ¿no es así? —mascculló Palacios-Mosku.

—Sí, señor, pero…

—¡Pues si es veloz, llegaremos a tiempo!

—Pero si llegamos ya de día, no podremos escapar…

—Carmona… —Se armó de paciencia Mosku—; si llegamos de día…, es decir, si nos convencemos de que vamos a llegar de día, no atacaremos. Nos esconderíamos cerca, en cualquier cala, y esperaríamos a mañana por la noche. ¿Está claro?

—Ahora, sí, señor… —sonrió Carmona; miró a los sanclarenses que esperaban—. ¡Venga, a trabajar! ¡Todos arriba!

Abajo quedaron Carmona, Rodríguez, Gómez y Mosku; éste se encargó de atar a la espalda las manos de los cinco pescadores, ordenándoles luego que se sentaran, tras ordenar secamente a Nurayev y Carmen:

—Vosotros, en pie. Vais a pasar a la Delfín.

Los dos obedecieron, procurando Carmen mantenerse siempre de modo que: sus manos no pudieran ser vistas. EL desgarrón en la tira de esparadrapo era pequeño, pero si lo veían todo estaría perdido… definitivamente. Los; Cubero miraban de unos a otros en silencio, impresionados. Su capacidad de asombro y terror había cedido considerablemente, y, al parecer, se habían resignado ya a los acontecimientos…

—Lamento proporcionarles tan desagradable compañía, señora Cubero —dijo Mosku—, pero no podemos prescindir de estos hombres. De todos modos, no se preocupen. Arriba, gobernando el pesquero, va a quedar uno de mis hombres, Lerma. Y aquí abajo se quedará Rodríguez, vigilando a éstos.

—¿Cuándo…, cuándo podremos desembarcar en Boca Chica, o en Torre del Caobo? —musitó Diego Cubero.

—No lo sé —reflexionó Palacios—. Tendré que conseguir contacto con la radio, y ya veremos entonces cuáles son las instrucciones que recibo al respecto. Por favor, sólo tienen que ser pacientes unas horas más. De todos modos, si necesitan algo, Rodríguez tiene órdenes de complacerlos en todo… De verdad siento mucho todo esto.

Miró a Carmen y a Nurayev, y movió la cabeza hacia la salida. Carmen se apresuró a colocarse en primer lugar, de modo que el cuerpo de Nurayev ocultase sus manos a las posibles miradas de Mosku y los sanclaranos.

Cuando llegó a cubierta, aspiró profundamente por la nariz; ya había desistido de liberar su boca de la sólida mordaza que significaba el esparadrapo. La brisa fresca le pareció más agradable que nunca. Miró a todos lados, pero no vio luces en parte alguna. Estaban en alta mar, por supuesto. ¿Hacia dónde estaba el objetivo, y a qué distancia? Como esto era imposible saberlo de momento, fijó su atención en los hombres que estaban pasando el material a la Delfín, mascullándose instrucciones unos a otros; las dos barcas crujían, pegadas una a la otra por medio de ganchos de hierro, a merced del leve oleaje. El cielo estaba atestado de estrellas, parecía como si no pudiese caber allá arriba ni una sola más…

—¡Saltad!

Carmona la ayudó a ella, sin sospechar que la mujer a la que manoseaba descaradamente no necesitaba ayuda para una cosa tan sencilla…

—¡Y qué rica estás, franchuta, qué rica…!

Además de la mordaza, Baby apretó los labios. Pero ¿por qué incomodarse tanto? Eran simples manoseos, y Carmona no era su primer enemigo que lo hacía. Aunque…, ¿realmente era Carmona su enemigo? ¿Podía definir así a un pobre hombre que estaba siendo manejado por un profesional de uno de los más expertos servicios de espionaje del mundo, la MVD? ¿Cómo podía definir a Carmona, y a los demás? Unos ingenuos que, evidentemente, eran, a la vez, unos sinvergüenzas con mala uva, eso era todo…

—¡Ahí va, macho, qué lote te estás pegando! —exclamó otro de los sanclaranos.

—¡Cierra la bocaza, Genaro! —rió Carmona.

Fueron llevados al habitáculo de la Delfín que, ciertamente, no olía mejor que el de la barca de los sanclarenses. El olor a pescado estaba ya como incrustado en la nariz de Carmen, y ni siquiera los pocos segundos respirando la brisa del mar la había aliviado.

—Tú mismo, Genaro, quédate vigilándolos —dijo Carmona.

Los dos espías se miraron. Genaro los miraba a ellos sin gran interés, salvo los recorridos visuales por el cuerpo de Irina Petrovna Ruzanov.

—Podemos sentarnos, ¿no? —sugirió.

Se sentó sobre una caja de pescado vacía. Nurayev y Carmen lo hicieron en el suelo y se miraron una vez más. Georgi Nurayev parecía humillado, mortificado, y desvió rápidamente la mirada. Sabía perfectamente que uno de los pensamientos que tenían que haber cruzado por la mente de Baby le atañía directamente: ¿estaba jugando limpio Georgi Nurayev el Jardinero de la Luna? ¿No sería todo aquello una hábil comedia de él, que a fin de cuentas hasta cinco años antes había sido uno de los mejores hombres de acción de la MVD y que, actualmente, desempeñaba un alto cargo en el Directorio? Un cargo lo bastante alto e importante para que la mente de Georgi Nurayev estuviese siempre en acción, siempre en órbita, rindiendo al máximo, siempre funcionando…

De pronto, la Delfín comenzó a trepidar. Genaro alzó la mirada hacia el techo, que era la cubierta, y dijo:

—Ya nos vamos.

La trepidación se estabilizó en seguida, se suavizó.

Tap-tap-tap-tap-tap…

Mosku apareció, solo, tan silenciosa e inesperadamente que Genaro soltó un respingo. Mosku lo miró con cierta sorpresa, y señaló hacia fuera. Segundos después, estaban los tres solos en el habitáculo. Mosku se sentó en la caja cedida por Genaro, sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—No sé cómo vamos a arreglar esto… —dijo de pronto mirando velozmente a Nurayev y Carmen y viceversa—. Francamente, no lo sé. Tendré que pedir instrucciones concretas al respecto, porque no rae gustaría tener que mataros y tiraros al mar. Al fin y al cabo, los dos sois rusos, como yo… ¿Quieres decirme algo, Nurayev?

Por un instante, la sorpresa había aparecido en los ojos de

Georgi Nurayev, y Carmen la captó y la comprendió: Nurayev se había sorprendido al oír que, incluso estando los tres solos, Mosku insistía en considerarla rusa a ella, con lo que ya no se trataba de engañar en algún modo a los sanclareños, sino que, evidentemente, Mosku estaba convencido de que ella era rusa. Y si Mosku creía eso, solamente podía ser debido a que Baby se lo había hecho creer así. Era la prueba final: si Nurayev aceptaba hablar con Mosku, y le decía que ella era Baby, significaría que había sido engañada con alguna maniobra rusa. Si Nurayev, por el contrario, no la delataba, significaría que el Jardinero de la Luna había estado jugando limpio en todo momento…

Y Nurayev, a la pregunta de Mosku, movió negativamente la cabeza. Georgi Nurayev, el buen Nurayev, pues, estaba jugando limpio…

—¿Y tú, Irina Petrovna? —La miró Mosku—. ¿Quieres decir algo?

Carmen movió afirmativamente la cabeza. Mosku se la quedó mirando con gran atención. Luego, sin más explicaciones, salió de allí, hacia cubierta. Regresó diez minutos más tarde y volvió, a sentarse en la caja de madera con olor a pescado. Estuvo unos segundos mirando a Carmen, y como escuchando hacia la puerta.

—De acuerdo —dijo de pronto—. Quizá tú hayas encontrado una solución para esto, ¿eh?

Carmen volvió a asentir. Mosku se puso en pie, fue a acuclillarse frente a ella, y acercó una mano a la mordaza de esparadrapo.

—Por mi parte, haré lo pos…

El pequeño puño derecho de Baby apareció, veloz como un meteorito…, y no menos duro. El tremendo atemi hizo crujir la mandíbula de Mosku, que salió despedido hacia atrás, deslizándose por el sucio piso de madera; cuando su marcha deslizante se detuvo, Mosku hizo, un gesto para incorporarse, pero Carmen ya estaba junto a él, flexionando las piernas y aplicando el siguiente atemi, parecido a un martillazo, que acertó de lleno al ruso en los testículos. Mosku palideció horriblemente, sus ojos casi saltaron de las órbitas, y su fracturada mandíbula pareció saltar, quedando torcida hacia un lado, en escalofriante gesto.

No va más.

Lo primero que hizo Carmen fue quitarle la pistola al ruso.

Luego, se arrancó la mordaza de un tirón que le causó tal dolor que sus ojos se llenaron de lágrimas. Aspirando con fuerza por la boca se acercó a Nurayev, haciéndole gestos que éste interpretó, tendiéndose boca abajo. La tira de esparadrapo fue arrancada, con la ayuda de la pistola. Nurayev se sentó en el suelo y se arrancó la mordaza, con lo que sus ojos quedaron también inundados de lágrimas inevitables de dolor.

—Deme la pistola —jadeó—. Si alguien tiene que jugarse…

—Tranquilícese… —dijo Carmen con voz aguda—. Vamos a tomarnos un par de minutos para ello. Y nada de jugarnos la vida estúpidamente ninguno de los dos. Tenemos que pensar algo mejor, Georgi. Apartémonos de delante de la puerta…

Entre los dos, arrastrándolo uno por cada pie, apartaron a Mosku de la línea visual directa desde la puerta. Carmen alzó sus faldas, y miró la herida de la pierna. Sí, era tal como había pensado, pero lo cierto era que comenzaba a molestarla más de lo conveniente.

—¿Cómo va su cabeza? —musitó.

—No es nada —gruñó Nurayev—; las he pasado peores.

—¿Sabe una cosa? —sonrió de pronto Carmen—; ¡yo también! No vamos a gimotear por esto, ¿verdad? Busquemos soluciones… ¿Qué se le ocurre, Georgi?

—Hay diez hombres ahí arriba. A tiros, nada. Ni siquiera tenemos balas para todos ellos. La única solución son los explosivos.

Baby asintió con un gesto sombrío.

—Estaba pensando en ello —admitió—. La única dificultad consiste en el coeficiente de inteligencia de Carmona y los demás.

—Sí… Es un gran riesgo. Pero no podemos hacer otra cosa. Si esos hombres de ahí arriba, además de pobres diablos, son unos fanáticos, volaremos todos hechos pedazos. Pero si tienen un mínimo de inteligencia, podemos resolver la situación. Y ahora sí que me toca a mí.

—¿Por qué?

—Si sale usted, se darán cuenta en el acto de que no es Mosku. Si salgo yo, y contando con la oscuridad, pueden pensar que soy él, aunque sólo sea por dos o tres segundos. Si en ese tiempo localizo los explosivos, tendremos esa única oportunidad.

—Los explosivos los estaban colocando hacia popa, justo detrás

de la cabina. Al menos, eso me pareció.

—Sí… Y es lógico. Tienen que haberlos colocado donde menos riesgo haya de que salpique el agua. Bien —Nurayev tendió la mano, esperando la pistola—, quizá no volvamos a vernos…

Para su sorpresa, Baby estrechó su mano, en lugar de entregarle la pistola.

—De un modo u otro, nos veremos, buen Nurayev… —sonrió la espía—, aunque sólo sea en un jardín, en la Luna. No vacile en disparar, se lo ruego. Piense solamente que, sea como sea, tenemos que impedir que estos hombres lleguen a su objetivo, cosa que les sería muy fácil navegando en este pesquero de nombre y bandera de ese país… No vacile, Georgi.

—Es absurdo que estemos dispuestos a dar la vida por esos países —susurró Nurayev.

—Si no hace volar la barca, nos matarían de todos modos. Y si tenemos que morir, que alguien salga beneficiado. Evitar una guerra… ¿Cree que si estos dos países iniciasen una guerra todo se reduciría a esto, a la lucha entre ellos? ¿Cree que las cosas no se complicarían para todos en muy poco tiempo?

—Supongo que tiene, razón. Bueno… —Nurayev también sonrió de pronto, y pareció más joven, más simpático, casi alegre—, supongo que ésta es la muerte que debería desear todo agente secreto que piense como nosotros, ¿verdad?

Baby retiró su mano de la del ruso, y puso en ella la pistola.

—Buena suerte, Georgi —musitó.

Capítulo VIII

La sorpresa duró no dos o tres segundos, sino un par más.

Vistiendo la, chaqueta de Mosku, Nurayev apareció rápidamente en cubierta, caminó hacia popa, localizó los fardos colocados detrás de la cabina, cubiertos con una lona, y de un tirón apartó ésta, tirándola a un lado. Inmediatamente, ante la atónita mirada de los tres hombres que había en aquel momento en popa, se sentó sobre los explosivos y apoyó la punta de la pistola en ellos.

—Decidle a Carmona que venga.

Los tres hombres estaban petrificados de asombro.

—¡Vamos, vamos, o disparo contra los explosivos!

En la lívida oscuridad, los rostros de los tres hombres destacaron más, al palidecer.

—Pensad bien lo que hacéis —insistió Nurayev—; aunque me disparéis por la espalda, o desde, arriba, o como sea, tendré tiempo de apretar el gatillo. ¿Creéis que hay aquí suficiente explosivo para destrozar esta barca?

—Carmona... —llamó con voz aguda uno de los hombres—. ¡Carmonaaaa...!

Carmona llegó a toda prisa, seguido por otros dos hombres.

—¿Por qué gritáis tanto? ¿Qué dem...?

Carmona se calló de pronto. Su mirada giró hacia donde miraban sus compañeros, pareció desconcertado y, bruscamente, palideció, al reconocer a Nurayev. Éste señaló hacia arriba con la mano izquierda.

—Dile al que gobierna la barca que cambie el rumbo; volvemos en busca de la otra barca. Los demás, que vengan aquí todos y que vayan dejando sus armas ahí delante, donde están esos tres. Luego, ve a buscar a mi amiga, tú solo y desarmado. ¿Entiendes bien la situación, Carmona?

—Usted..., usted no dispararía...

—Si antes de tres segundos no empiezas a obedecerme, podrás comprobar que sí soy capaz. Uno, dos, t…

—¡Benítez! —aulló Carmona, alzando la cabeza—. ¡Benítez, contesta, maldito seas!

—¿Qué pasa? —Llegó la gruñona voz desde la alta cabina.

—¡Da la vuelta! ¡Volvemos!

—Volvemos, ¿adónde? —¡Haz lo que te digo, o vamos a convertirnos todos en carne para salchichas! ¡Vamos, empieza a virar!

Arriba se oyó clarísimamente una fea maldición proferida por Benítez. A los pocos segundos, la Delfín comenzó a virar de estribor…

Y apenas tres minutos más tarde, todo el grupo, excepto Benítez, estaban reunidos abajo, desarmados, mirando hoscamente a la hermosa rubia, que desde la puerta les sonreía con gesto que casi parecía amable.

—Han sido todos unos muchachos muy listos, así que gracias a eso todos vamos a seguir viviendo. Contesten a una pregunta: ¿mi maletín está a bordo?

—¿Aquél con flores azules? —Gruñó Carmona.

—Sí, exactamente.

—No. Se quedó en la otra barca.

—Mala suerte… Tendré que intentar sintonizar la onda con la radio de la Delfín. Mientras tanto, todos ustedes permanecerán aquí. Y no se les ocurra salir a tomar el fresco, porque en cuanto asomen la cabeza fuera, mi amigo disparará. ¿Entendido? Muy bien. Cuiden al señor Palacios, pues luego tenemos que charlar con él.

Salió, cerró la puerta y apareció en cubierta en tres segundos. Nurayev estaba allí, con una pistola en cada mano, otras por los bolsillos… Carmen agarró una, y miró hacia la cabina.

—Voy a intentar sintonizar la onda de mis Simones, que no pueden estar muy lejos. ¿O prefiere llamar usted a los suyos, Georgi?

—¿Qué más da? Llame usted misma.

—De acuerdo.

Provista de la pistola, Carmen se encaramó a la cabina, donde el irascible Benítez seguía a los mandos. Nurayev emitió una leve sonrisilla al pensar en la irascibilidad de Benítez; el pobre hombre

tenía solamente dos salidas para aquella situación: aceptar las órdenes de la espía más peligrosa del mundo por las malas, o resignarse a ser tratado amablemente y con benevolencia si no buscaba complicaciones. La elección, al menos para Nurayev, era fácil.

Pero ¿qué pasaría luego? ¿Qué querría hacer Baby? Lo cierto era que un espía ruso había estado a punto de ocasionar una hecatombe bélica que muy pronto habríase extendido mucho más allá del área del Caribe, abarcando buena parte de América…, o toda América. ¿Y por qué sólo América?

Sí…, ¿qué quería hacer Baby? ¿Entregar a Mosku a las autoridades sanclarenses? ¿Matarlo? ¿Devolverlo a Rusia, para que allá fuese castigada como merecía su traición?

Todavía estaba Nurayev debatiéndose en estas dudas cuando Carmen saltó junto a él, sobresaltándole.

—Soy yo… —Vio sus blancos dientes a la luz de las estrellas—. Todo va bien.

—¿Ha conseguido hablar con el Simón de los Bigotes?

—Sí —rió ella—. Y tengo buenas noticias.

—Increíble.

—La lancha Delfín, y la otra de ustedes, abordaron al pesquero sanclarense; no podía competir en velocidad, pero, además, las cosas allí habían cambiado.

—¿Qué quiere decir?

—Según entiendo, los pescadores consiguieron soltarse de sus ligaduras y le dieron un buen susto a Rodríguez; tiene la cabeza rota. Luego subieron a cubierta y golpearon también al otro, un tal Lerma.

—Eso significa que los pescadores se habían apoderado del pesquero…

—Así es. Pusieron rumbo a la costa más cercaría de su país, pero… se les terminó el combustible.

—¿Se les terminó el combustible?

—Así es. Lo cual significa que Mosku no quería que esa barca navegase, La quería tener en alta mar toda la noche, y allí habría estado hasta que alguna embarcación la hubiese avistado.

—No lo comprendo… —murmuró Nurayev—. ¿Y usted?

Carmen tardó unos segundos de más en responder. Y cuando lo

hizo, no se ciñó a la pregunta del espía ruso:

—Le he ordenado a Benítez que navegue en dirección a la barca sanclarense, que sigue custodiada. Es decir, también al encuentro del Simón de los Bigotes… —sonrió—. Tanto éste como la lancha grande de ustedes han estado detrás de la Delfín después de arreglar la situación en la otra. Según Simón, si yo hubiese tardado media hora más en dar señales de vida, de un modo u otro, habrían atacado la Delfín, cayera quien cayese.

—Eso quiere decir que no sólo vamos al encuentro de su compañero, sino de los míos, los que estaban vigilando el pesquero sanclarano. Y que la Virgen Maya, con dos compañeros de usted, Miguel y Vicente, se han quedado con el pesquero sanclarano esperando instrucciones.

—Exactamente —susurró Carmen.

Tardaron apenas veinte minutos en reunirse con la lancha que pilotaba Simón-Bigotes, quien subió a toda prisa a bordo de la Delfín, tras amarrar la lancha a un costado del pesquero. Tendió a Carmen el maletín.

—Encontré esto en el pesquero sanclarense.

—Gracias, Simón. Ayude a los rusos a amarrar su lancha, y a subir a bordo. Luego dedíquense todos a tirar al mar las armas, municiones, explosivos… Todo. ¿Está de acuerdo, Georgi?

—Si.

En realidad, los rusos ya estaban allí. Simón los ayudó a subir a bordo, después que uno de ellos, en presencia de Carmen, hubo cambiado algunas palabras con Nurayev. Había seis hombres, seis agentes de la MVD que, hasta entonces, se habían dedicado a vigilar el pesquero Virgen Maya en el que Mosku, el traidor a la MVD, había ido acumulando armas, ahora sabían con qué intenciones.

Y mientras los seis hombres de la MVD y el de la CIA se dedicaban a tirar al mar todo el armamento, Nurayev y Carmen sostuvieron una breve conferencia.

—¿Qué hacemos con los sanclarenses? —preguntó Nurayev.

—En mi opinión, debemos dejarlos en su barca de pesca, al pairo, y que se las arreglen como puedan. Lo único que me atrevo a concederles, es remolcarles hasta aguas propias. Una vez allí, alguien les ayudará y regresarán a tierra. No sé lo que dirán, pero dudo mucho que mencionen este asunto. Y espero que tengan tema

para meditar durante una buena temporada. Igual que los pescadores apresados.

—¿Eso quiere decir que tanto a unos como a otros piensa decirles que han estado a punto de ser engañados por Mosku?

—Lo siento, Georgi, pero sí pienso decirles la verdad.

—En ese caso, también dejará marchar a los pescadores.

—Por supuesto. ¿No está conforme con algo?

El Jardinero de la Luna movió la cabeza, como admirado.

—En realidad —murmuró—, creo que eso es lo mismo que yo habría hecho… excepto, quizá, decirles la verdad a esos hombres. ¿No teme que puedan complicar las cosas?

—No. Lo que ocurrirá, cuando ellos cuenten lo qué ha pasado, es que los dos países interesados estarán muy atentos a los acontecimientos, y si vuelve a suceder algo parecido al asalto a la Embajada, o al frustrado ataque de represalias, se darán muchas explicaciones antes de llegar a las malas.

—Es una solución inteligente… ¿Siempre trabaja usted así?

—Siempre que puedo, y los… beligerantes lo merecen. Lo cual no ocurre con su camarada Mosku, Georgi.

—¿Qué trata de decirme?

—Le contestaré con otra pregunta. ¿No siente usted interés por saber quién o quiénes han intentado que las dos naciones rivales se comprometiesen en una guerra?

—Sí… Sí.

—¿Y quién cree que puede darnos respuesta a eso?

—Mosku.

* * *

Estaba amaneciendo cuando Mosku, recuperado, pero muy disminuido debido a su mandíbula rota, se enfrentaba por fin a Nurayev y Baby, en la veloz lancha que navegaba hacia la costa africana.

Baby se quedó de pie, sin importarle su ya vendada herida en la pierna, mirando fijamente a Mosku. Nurayev se sentó ante su abatido compatriota.

—Te diré cómo están las cosas, Mosku —murmuró—; dentro de unas horas, sanclarenses y pescadores serán recogidos, así como el

matrimonio Cubero. Los de la CIA, excepto el que está a los mandos de esta lancha, han vuelto a sus puntos de trabajo en Santa Clara. Los nuestros, también. Los nuestros van a utilizar la radio para avisar a nuestros camaradas de Boca Chica que llegamos, a fin de que nos ayuden, pues podría surgir alguna dificultad. En definitiva, todo está arreglado, y la CIA y la MVD representadas por Baby y por mí… ¿Qué te ocurre?

—¿Ella es Baby? —consiguió articular Mosku, mirando a Carmen.

—Sí. Como te decía, todo está arreglado. Ahora, Baby y yo, representando a nuestros respectivos servicios, queremos terminar de verdad el asunto. No me gusta mucho, porque hace años que estas cosas dejaron de interesarme… Camarada, yo prefiero seguir siendo un soñador, un iluso del espionaje, un… Jardinero, de la Luna. Pero hay un hombre, o varios, a los que quiero matar. Lo deseo como nunca. Y Baby también. Por favor, escúchame con atención, camarada; si no nos dices quién es ese hombre, o esos hombres, nosotros vamos a obligarte, sea como sea… Mosku, ¿lo entiendes? Por favor, ¿lo entiendes?

Mosku miraba fijamente a Nurayev, que parecía implorar. Y, en realidad, era así: Nurayev le estaba implorando a su camarada, a un traidor a la MVD, que contestase a sus preguntas, que no le obligase a torturarlo brutalmente ayudado por una espía americana.

—Sí… —Tragó saliva Mosku—. Lo entiendo, Nurayev.

—¿Quién ha sido? ¿Quién o quién te contrataron para que organizases esto? ¿Quién, quién, quién?

—Un solo hombre… Se llama Diego Requejo.

—¿Es americano? —intervino Baby.

—Sí… Sí, sí. De Costa Grande.

—¿Qué fue exactamente lo que se hablo entre ustedes?

—Bueno… Hubo una paga para mí, unas instrucciones… Eso es todo.

—Usted, naturalmente, se dio cuenta de que lo que pretendía Requejo era enfrentar a los dos países, ¿verdad, Mosku?

—Sí… Me di cuenta, sí. Es muy posible que Requejo esté obedeciendo consignas del Gobierno de Costa Grande… A fin de cuentas, todo lo que en estos días complique las cosas al Gobierno sanclarense, puede beneficiar a Costa Grande. Está el asunto de esas

pequeñas islas que Costa Grande quiere recuperar… Si Santa Clara entraba en guerra, Costa Grande podía aprovechar las circunstancias para obtener algún beneficio.

—¿Usted comprendió todo eso y… aceptó? ¿A cambio de qué, Mosku?

—Trescientos mil dólares —musitó Mosku.

—No le oigo bien —dijo secamente la rubia—; ¿cuánto?

—¡Trescientos mil dólares! —gritó Mosku—. ¡Está bien, ya sé qué es una cochinada, una asquerosidad! Pero ¿acaso conoce usted algo que no sea una cochinada, en nuestro mundo? ¿Qué demonios quieren todos? ¿Que los espías nos dejemos matar por un kopeck, que vivamos siempre como ratas, para morir también como ratas? ¡Tuve mi oportunidad, y la quise aprovechar! ¡Váyanse todos al infierno!

Durante unos segundos, nadie dijo nada. Se oía el jadeo de Mosku, pese al potente zumbido del motor de la veloz lancha, y del crujir del mar contra la afilada proa. Por el ventanal que rodeaba por los lados y proa el pequeño habitáculo de la lancha, se veía la luz anaranjada del amanecer. Nurayev había ocultado el rostro entre las manos, tras apoyar los codos en las rodillas. Baby seguía mirando fijamente a Mosku.

—¿Dónde vive ese Requejo?

Mosku consiguió pasarse la lengua por los labios.

—En una pequeña villa, en las afueras de Boca Chica… Nuestro residente jefe lo conoce, sabe dónde vive. Algunas veces hemos tenido contactos con él; lo llamamos Tolteca-6, en nuestros mensajes cifrados.

—Lo cual significa que, probablemente, también él los conoce a ustedes, o a algunos de ustedes… y que le eligió a usted para ofrecerle el trabajo.

—Sí.

—Pero ¿por qué tú? —Casi gimió Nurayev, alzando la cabeza de pronto—. ¿Por qué un ruso?

—No podía ser un hombre del país, pues son fáciles de identificar. Además, hacía falta un hombre inteligente, que supiese dirigirlo todo, una vez en Santa Clara. Y, por lo tanto, tenía que hablar español… Parece que Requejo pensó que yo era el más indicado, tanto por estas cualidades como por mis ideas políticas.

—El ataque de represalia no se ha producido… ¿Se enterará Requejo de esto?

—Claro, Si ninguna emisora de radio emite la noticia, es que nada ha ocurrido.

—¿Qué hará, entonces?

—No lo sé. Posiblemente espere a las noticias de mañana. O quizá, simplemente, tema que algo haya ocurrido y se apresure a desaparecer, a menos…

—¿A menos…?

—No… Nada.

—Ibas a decir que a menos que alguien le impida huir, ¿no es eso?… —deslizó Nurayev; miró a Baby—. Voy a utilizar la radio para llamar a mis compañeros de Boca Chica. Controlarán la, villa de ese agente, no le dejarán escapar. ¿Está de acuerdo?

—Desde luego.

Nurayev se puso en pie y salió a cubierta, para utilizar la radio instalada junto a los mandos. Baby se quedó mirando fijamente a Mosku. Tanto rato, tan fijamente, que el agente soviético se removió, inquieto, nervioso.

—¿Qué le pasa ahora? ¿Por qué me mira así? —murmuró.

Brigitte Baby Montfort no contestó. Había en sus sonrosados labios algo que parecía una sonrisa. Pero si era una sonrisa, era la más fría, implacable, estremecedora sonrisa que Mosku había visto en su vida.

—¿Está pensando en matarme?

—No.

—¿Qué piensa hacer conmigo, entonces?

—¿Yo? Nada. Sus camaradas se encargarán de usted, Mosku.

—Entonces, si no piensa matarme…, ¿por qué me mira así?

—¿Usted no lo sabe?

—No… ¿Yo? Claro que no… No.

Baby estuvo todavía unos segundos mirándolo fijamente. Luego abrió su recuperado maletín, sacó cigarrillos y encendió uno. Y todo lo que hizo fue quedarse inmóvil, mirando el humo del cigarrillo nítidamente recortado contra el ventanal que ya tenía color de día, color de sol.

Capítulo IX

Dos agentes de la MVD estaban esperando la lancha en el lugar señalado de antemano para un desembarco cómodo y discreto, entre unas rocas de una pequeña cala, al sudoeste de Boca Chica. Georgi Nurayev saltó a tierra firme, mientras Baby, tras esperar a que también lo hiciese Mosku, hablaba unas palabras en voz baja con Simón-Bigotes, que asintió en silencio.

Después de esto, la divina espía se reunió con los rusos, que la miraban sin saber exactamente qué, hacer, o cómo comportarse, por lo que ella los contempló con expectación, no muy tranquila, al parecer.

—No se preocupe —sonrió de un modo extraño Nurayev—; no ocurrirá nada desagradable entre usted y nosotros, Baby.

—Es mejor así —sonrió ella—. Yo también utilicé la radio, Georgi, ¿recuerda?

—¡Claro…! ¿Por qué dice eso?

La rubia Carmen alzó el bracito derecho, señalando hacia otro punto de la pequeña cala, entre unos pinos. Los, rusos miraron hacia allí, y respingaron fuertemente al ver a cuatro hombres, altos, atléticos, dos de ellos rubios, observándoles desde su ventajosa posición. Tres de ellos no parecían ir armados. El cuarto llevaba colgada del pecho una metralleta. Parecían estatuas… Pero, en todo caso, bellas estatuas de la CIA…

—No esperaba esto de usted —musitó Nurayev—. ¿Significa que no confía en mí?

—En usted, sí. Pero ya le dije que estoy cansada de llevarme sorpresas y sobresaltos, Georgi. Sin embargo, nada va a pasar, ¿verdad? Simplemente, iremos a cazar a Requejo, y luego mis Simones me recogerán, y… ¡adiós, Jardinero de la Luna!

—Está bien. Si sus Simones quieren venir, detrás nuestro, no tengo inconveniente. A fin de cuentas, usted tiene derecho a

protegerse. Y, además, en realidad, todo ha terminado.

—No comprendo.

—Requejo ya ha muerto. Acaban de decírmelo; fueron a por él, para adelantar trabajo, y… Bien, Tolteca-6 no estaba dispuesto a dar explicaciones, evidentemente. Tuvieron que matarlo.

—Ya.

—Uno de los nuestros se quedó allí, esperando instrucciones y ayuda para hacer desaparecer el cadáver.

—Quiero verlo.

—¿A Requejo? ¿Para qué?

—Para fotografiarlo y asegurarme luego de que, efectivamente, el hombre muerto que ustedes tienen en una villa es Requejo.

—¡Está desconfiando de mí! ¡No comprendo lo que trata de demostrar con eso, no entiendo…!

—¿Puedo verlo o no?

—Naturalmente que sí —gruñó Nurayev.

* * *

Cuarenta minutos más tarde, el coche de los agentes rusos Se detenía delante de una casa de color tierra. El silencio era total, salvo el piar de los pajarillos. Debían ser las siete de la mañana, como máximo.

Fuera de la villa quedó el coche en el que los cuatro agentes de la CIA habían seguido a los rusos y a Baby. Ésta fue la última en apearse del coche de los rusos, se volvió hacia el de los americanos e hizo un gesto de espera. Luego, en silencio, todos fueron hacia la casa.

La puerta se abrió antes de que llegasen. Allí mismo, en el vestíbulo, había un hombre a medio vestir, caído cara al techo, abierto de brazos y piernas, con los ojos como bolitas de cristal; en su pecho se veían varios manchurrones de sangre.

El hombre que había abierto la puerta, vestido correctamente a la europea, dijo, en ruso:

—Este es un criado, que también disparó contra nosotros. Tolteca-6 está dentro.

Cruzaron el vestíbulo. Había grandes macetas, con altas plantas verdes, de hojas anchas. Cruzaron una estancia y salieron a un patio

que estaba en el centro de la casa, descubierto. Había un estanque en el centro, de azulejos. Había más plantas, flores… El silencio era roto ahora solamente por el rumor del chorrito del surtidor al caer en el estanque.

Cerca del estanque, cubierto solamente por unos blancos y anchísimos pantalones que podían considerarse de pijama, había otro hombre muerto. De más edad que el primero, con una pequeña barba entrecana, rizada. Yacía de lado, como recostado, como mirando a sus visitantes. Tenía manchas de sangre en el pecho, y uno de sus ojos había sido reventado de un balazo. Su mano derecha, crispada, se tendía hacia delante, cómo una garra.

—Tolteca-6 —dijo el hombre que había abierto la puerta.

Baby estuvo mirándolo unos segundos, en silencio. Luego abrió su maletín, sacó un encendedor de platino y brillantes, que por supuesto contenía una cámara para microfotos, y procedió a tomar varias del hombre muerto. El silencio resultaba casi atroz. De no haber sido por el chorrito de agua cayendo en el estanque, la escena habría parecido aún más irreal, más fantástica e inhumana.

—He terminado —dijo Baby.

—En ese caso —murmuró Nurayev, no poco molesto—, creo que nada queda por decir entre nosotros.

Baby guardó el encendedor, cerró el maletín y se acercó a Nurayev, sonriendo.

—Vamos, Georgi, no tiene que enfadarse conmigo. Si se pone en mi lugar, comprenderá que yo tenía que tomar mis precauciones, y asegurarme de que no me estaban tomando el pelo… ¿Sí? ¿Podemos despedirnos como buenos amigos, Georgi?

—Está bien… —sonrió el ruso—. Claro que sí.

—Estupendo… —La hermosa rubia abrazó a Nurayev, y lo besó en ambas mejillas, cálidamente—. ¡Adiós, Georgi Nurayev! Buen Nurayev el Jardinero de la Luna:… ¡Buena suerte siempre! No, no, quédese aquí quieto, no haga nada, no me acompañe…

La agente Baby desapareció del patio interior de azulejos, seguida por uno de los rusos, mientras Georgi Nurayev, desconcertadísimo, no sabía qué hacer. Sí, estaba desconcertadísimo, porque había notado que Baby, al abrazarlo, introducía algo en el bolsillo derecho de su chaqueta; cuando él había querido ver qué era aquello, ella se lo había impedido,

sujetándole los brazos… Y tampoco había querido que la acompañase hasta el coche…

El ruso que había ido detrás de Baby regresó.

—Se han ido.

—¿Ella también? —inquirió Mosku, torpemente.

—Claro.

Mosku lanzó un suspiro de alivio, y se sentó en el borde del surtidor.

—Buscadme en seguida un médico… —jadeó—. ¡No puedo más!, En cuanto a esa maldita Baby, la encontraré. ¡Cualquier día la encontraré…!

—Tranquilízate. Y menos mal que teníamos preparado lo de Tolteca-6.

De momento, Georgi Nurayev no asimiló las palabras de sus compañeros, porque estaba distraído. Más que distraído, desconcertado…, incluso atónito. Disimuladamente, había sacado del bolsillo lo que Baby había deslizado allí; era un papel que envolvía algo; y ese algo era un pequeño micrófono, de los llamados «oídos mágicos»… Tan atónito estaba Nurayev, que tardó un par de segundos en darse cuenta de que en el papel había, algo escrito. Esto:

«Si alguna vez se siente asqueado hasta el límite de todo esto, pida contacto conmigo a la central de la CIA. Un cariñoso saludo para siempre, Georgi».

—… fracaso del asunto de las represalias.

Nurayev alzó la cabeza.

—¿De qué habláis? ¿Qué decís?

—A ver si es verdad que estás en la Luna —sonrió torcidamente uno de los rusos—. Estábamos hablando del fracaso del asunto de las represalias. ¿Qué tienes ahí?

—Nada… Es un papel —Nurayev lo guardó todo en el bolsillo—. Sí, afortunadamente, ese asunto ha fracasado.

—Oye, despierta, ¿quieres? —El otro ruso hizo chascar sus dedos ante el rostro de Nurayev—. Eso de «afortunadamente» lo debes decir en broma.

—No… —rió guturalmente Mosku—. ¡Claro que no lo dice en broma! Lo hemos hecho todo tan bien que hasta el buen Nurayev se lo ha creído.

—No…, no comprendo… ¿Qué tratáis de decirme?

—Vamos, vamos, camarada… ¿Aún no has comprendido que todo el asunto de las represalias ha estado preparado por la MVD, por nuestro Directorio, desde el principio?

—No… —jadeó Nurayev—. ¡No!

—Sí, hombre. Mira, si todo hubiese salido bien, en estos momentos esos centroamericanos estarían lanzándose bombas, Pero ha sucedido…

—Es mentira, es mentirá… ¡Mentirá!

—Vamos, Sergei —frunció el ceño otro de los rusos—, deja de fastidiar. ¿No lo comprendes? El Directorio te envió a ti para que los americanos te olfateasen en seguida, se lo dijesen a los sanclarenses, o bien ellos mismos se encargasen de vigilarte, y finalmente se produjese el contacto. De un modo u otro, los americanos tenían que enterarse de que uno de los nuestros, Mosku, había desertado y andaba por ahí haciendo cosas por su cuenta. En ese sentido ha salido todo magníficamente, pues nada menos que Baby será testigo a favor de la no intervención de la MVD… O sea que, si algo ocurre, o si hubiese llegado a producirse el bombardeo de esa capital, la CIA y, por tanto, los sanclarenses, sabrían que Rusia no había tenido nada que ver con ese asunto. A todos los efectos, habría sido un desertor ruso que también era buscado por la MVD, y que había contratado a un puñado de sanclaranos ingenuos aunque un tanto aventureros. Pero por si algo salía mal, y cazaban a Mosku a pesar de todas nuestras precauciones, teníamos preparado lo de Tolteca-6. Mosku ha cumplido al menos esta parte y, aunque no hemos conseguido enfrentar a las dos naciones, cuando menos no seremos acusados de haber maniobrado en ese sentido. La culpa de todo se la llevarán los de Costa Grande.

—Pero…

—¿Por qué crees que no había combustible en la lancha de pesca sanclareña? —intervino Mosku con su media lengua—. ¿Y por qué crees que los pescadores pudieron soltarse y apoderarse de la barca? Estaba previsto así. Yo mismo los até, lo bastante mal para que poco después pudieran soltarse. Dominarían la situación, pero como se terminaría el combustible no podrían regresar a tierra. Y para cuando llegasen en su ayuda, todo habría sucedido. ¿Qué pasaría entonces? Que los pescadores tendrían cinco testigos suyos, y a los

Cubero, a los que les harían confesar que el bombardeo de represalia había sido obra de un grupo de sanclaranos que se habían apoderado de una barca de pesca para conseguir llegar así a su objetivo. Pero si algo de esto fallaba, teníamos a Requejo como presunto culpable de todo. Y así constará. Baby dirá que el Directorio se ha encargado del traidor Mosku, que el agente Requejo, instigador del asunto, ha muerto, y aunque el golpe ha fracasado, sabemos que la CIA misma se encargará de advertir que no ha habido intervención del servicio secreto ruso, sino de un traidor ruso. Lo cual no es lo mismo, ¿verdad?

Georgi Nurayev no podía hablar. Sentía frío en la frente, y notaba las piernas como agarrotadas, incluso paralizadas. Con un esfuerzo, consiguió llegar al borde del estanque, y se sentó. Estaba lívido como un cadáver.

—¿Qué te pasa? —masculló uno de sus compañeros—. Venga, nada de sentarse ahora; tenemos que marcharnos.

Nurayev se pasó la lengua por los labios, que le parecieron de barro seco. En el bolsillo de su chaqueta, la nota y el pequeño micrófono estaban cobrando toda su auténtica importancia. Pero ¿era posible que Baby hubiese sospechado una cosa así? ¿Era posible que hubiese comprendido aquella jugada, y hubiese colocado aquel micrófono en su bolsillo? ¿Era posible que ahora, en aquel momento, la espía americana hubiese oído aquella repugnante revelación? Si así era, él, Georgi Nurayev, tenía algo que decir, algo que quería que quedase bien claro para Carmen…

—Entonces…, todo lo que he estado haciendo yo… ha sido el idiota… Se me ha utilizado como cebo y pantalla… Claro… El buen Nurayev el Jardinero de la Luna… ¿Quién va a desconfiar de él, sobre todo cuando el asunto está bien planeado? Me… habéis estado usando como…, como a un muñeco… Llevo casi veinte años en la profesión, cinco encerrado en un despacho, siempre estudiando el modo de conseguir suavizar nuestra profesión, proteger vuestras vidas… Soy un alto jefe de sección, además… Y nada de eso ha servido de nada. Llegado el momento, he sido utilizado como un muñeco. ¿Es eso?

Sus compañeros lo miraban ahora en silencio, turbados. Ya no reían. Incluso Mosku bajó la mirada al suelo. El silencio se prolongaba tanto que, por fin, uno de los rusos hizo un gesto como

de abatimiento, abriendo los brazos.

—Creo que debemos irnos —musitó.

Nurayev se pasó las manos por la cara, con fuerza. Le pareció que sus facciones eran de goma. De goma seca y helada… Se puso en pie y salió del patio de azulejos en silencio. Fue el primero en salir al jardín exterior, donde estaban cantando unos pajarillos.

Se quedó allí, como escuchándolos. Pero en realidad no los oía. No oía nada que no fuese su voz interior, sus palabras que parecían pequeñas explosiones dentro de su cerebro. Había una pregunta que estaba bombardeando su mente: ¿qué haría Baby ahora? Estaba seguro de que lo sabía ya todo… ¿Qué haría? Su memoria estaba trabajando a toda presión. ¿Qué había oído decir que hacía, siempre, Baby en estos casos? Porqué, indudablemente, algo tenía que hacer…

—Vamos, Nurayev, no debes…

Oyó la torpe voz de Mosku a su lado, y notó su mano asiéndole amistosamente del brazo, así que volvió la cabeza para mirarlo.

De modo que pudo verlo perfectamente.

Vio el rostro de Mosku, el hombre que se había puesto al frente de aquella horrenda operación, que había aceptado ser la pieza clave de aquella estremecedora jugada… Sí, lo vio perfectamente, incluso en el exacto momento en que en su frente aparecía aquel feo y astillado agujero del que brotó sangre que le salpicó. Fue como una película de cámara lenta, a los ojos de Nurayev: apareció el agujero, la sangre le salpicó; Mosku gritó mientras lanzaba sus ojos como en alocados giros, y saltó hacia atrás como si alguien hubiese tirado de una cuerda que le sujetase por el cuello.

Luego, Mosku quedó tendido en el suelo, desmembrado, desarticulado, con los ojos mirando aterrados al cielo azul sin una sola nube, muerto de modo fulminante.

Y no se había oído nada.

Nada.

Ni siquiera una ligera brisa. Nada, nada, nada…

Por detrás de Nurayev sí se oían ahora las voces excitadas de sus compañeros, sus gritos, mientras saltaban a los lados, se tiraban rodando por el suelo, buscaban protección sacando sus pistolas… Y luego, de nuevo aquel silencio. ¡Qué silencio más extraordinario! Ya ni siquiera se oía el canto de los pájaros.

—¡Nurayev! —Oyó la llamada—. ¡Al suelo!

Miró al compañero que le hacía tan lógica advertencia. ¿Al suelo? ¿Él? ¿Por qué? Él sabía perfectamente quién era el oculto, invisible, certero tirador. Y sabía que a él no iba a dispararle. Así que sonrió a su compañero, moviendo la cabeza, y se volvió hacia la salida del jardín de la villa de Tolteca-6.

—¡Baby! —llamó—. ¡Espéreme, ha llegado el momento, he llegado ya a mi límite de asco…! ¡Espéreme!

Siempre lo inesperado.

Uno de los rusos, que había estado mirando el cadáver de Mosku, miró; de pronto, a Nurayev, que caminaba, alejándose. Un gesto de furia apareció en el rostro del ruso. Alzó la pistola provista de silenciador, apuntó a la espalda de Nurayev, y escupió:

—¡Traidor!

Plop, plop, plop.

Georgi Nurayev fue recibiendo las balas, una tras otra, mientras iba girando verticalmente, mirando, con estupor, hacia el cielo tan intensamente azul, tan hermoso… Pero había algo que no le gustaba. ¡Ah, sí! Era aquella palabra, «traidor». ¿Traidor? ¿Había algún traidor? No, porque había resultado que Mosku no lo era. Entonces, ¿a quién llamaban traidor, quién era un traidor?

De pronto, Nurayev se encontró con el gusto de la tierra en los labios. De muy, muy lejos, llegó una voz, en ruso… Naturalmente, en ruso. ¿En qué idioma, si no?

—¡Tenemos que llegar al coche, y podremos escapar de aquí!

Oyó también el ruido de un motor. Luego, vio mucho polvo, que ocultó las flores que había estado mirando. Luego, regresó el silencio. El hermoso silencio… Lo que no le gustaba era aquel sabor a tierra en su boca. Quiso moverse, pero no pudo… Hasta que de pronto sí pudo. Dio suavemente la vuelta, y, quedó de espaldas al suelo. Sí, el polvo se había posado ya. Ahora veía otra vez el cielo… Y entre el cielo y él, una forma… oscura. Estiró los párpados, los movió con fuerza… Fue como centrar una imagen borrosa cinematográfica; era una mujer.

Una mujer que estaba arrodillada junto a él. Tenía una hermosísima mata de cabellos negro, suavemente ondulados. Y, unos grandiosos, enormes, increíbles ojos azules…, en los que habían lágrimas…

—Georgi… —Oyó—. No debió llamarme, sus compañeros lo interpretaron mal…

La imagen se iba oscureciendo. Y el cielo, Y el sol.

Y todo.

Georgi Nurayev, el buen Nurayev, emprendió su último viaje. Un velocísimo viaje hacia la luna, donde podría estar en paz, en su hermoso jardín. Sí. Porque era seguro que allá arriba nadie le impediría a Georgi ser el Jardinero de la Luna.

Este es el final

—A decir verdad —llegó diciendo Santiago Romero—, estaba empezando a temer que hubiese tenido algún accidente o algo parecido.

—Dejé recado en el hotel de que estaría en Nueva Sevilla.

—Sí, sí… La he estado llamando todos estos días, y ésa era la respuesta. Bueno, tonterías mías. ¿Ha estado en Nueva Sevilla? Bueno, apuesto a que vio la manifestación sanclareña del sábado.

—Sí… Sí, en efecto.

—¿Y qué le pareció?

—Muy patriótica.

Santiago Romero no era tonto, por supuesto. Simplemente, no sabía, no podía saber que en aquellos días la señorita Montfort había vivido tanto como una persona corriente podía vivir en veinte años… o más. La estuvo mirando atentamente, y por fin sonrió, con gesto cortés, amable.

—Parece que tiene algo en la barbilla…

—¡Oh, sí! Me caí y me di un buen golpe. También me hice daño en la rodilla derecha, así que no se sorprenda luego si me ve cojear un poco.

—Bueno, espero que no haya sido nada que…

—No tuvo importancia. Son cosas tontas que nos pasan a las mujeres.

—Estoy seguro de que usted no tiene nada de tonta —sonrió Romero—. Por lo tanto, aceptará mi invitación a cenar esta noche.

—No. Lo siento, Santiago, de veras.

—¿Se encuentra bien? ¿Seguro?

Brigitte Montfort se encontraba perfectamente. Tanto, que la idea descabellada que había tenido por un instante, fue desechada. Si se pasaba la vida luchando para evitar fricciones entre las gentes y los pueblos…, ¿cómo se le había ocurrido, tan siquiera, la idea de

poner a Santiago Romero al corriente de lo sucedido? Si lo hacía, su venganza por la muerte del buen Nurayev sería completa. Si le explicaba a aquel periodista sanclarense lo que había pasado, sería lo mismo que aplicarle un golpe en el más sensible punto a la MVD, a Rusia, pues no cabía la menor duda de que Romero se apresuraría a publicarlo. Pero, con todo ello, ¿qué se conseguiría? ¿Empeorar las cosas? Ya estaban bastante mal… en todo el mundo.

—Estoy perfectamente —musitó por fin—. Pero tengo que volver a Estados Unidos, y me pareció muy descortés hacerlo sin despedirme de usted, que tan amable ha sido conmigo…

FIN

Notas

[1] Santa Clara, república imaginaria que se supone ubicada en Centroamérica. <<